

HARLEQUIN®

Bianca®

Amor en horas de trabajo

Miranda Lee

Amor en horas de trabajo
Miranda Lee
7º Serie Multiautor Oficina



Bianca®

Amor en horas de trabajo

Miranda Lee

Amor en horas de trabajo (18.05.2005)
Título Original: Bedded by the Boss (2004)
Serie Multiautor: 7º Oficina
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1587
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Kane Marshall y Jessie

Argumento:

Estaba a las órdenes de su jefe en la oficina… ¿y en la cama?

Jessie estaba emocionada ante la posibilidad de trabajar en una de las mejores agencias de publicidad de Sidney después de haber tenido que luchar para llegar a fin de mes y criar a su hija sola. Pero, cuando vio a su futuro jefe, se le encogió el corazón… porque no era la primera vez que veía a Kane Marshall… ¿Tenía sentido seguir adelante con la entrevista sabiendo que Kane recordaba el apasionado encuentro que habían compartido siendo desconocidos?

Sin embargo, Kane no dudó en contratarla. Estaba claro que quería conocerla mejor. ¿Qué podía hacer ella? Al fin y al cabo, aquélla era la oportunidad profesional de su vida.

Capítulo 1

—¿Qué quieres que te regale por Navidad, Jessie? Voy a ir de compras mañana. Sólo quedan dos semanas y odio dejar las cosas para última hora.

Jessie dejó de ponerse rímel un momento para sonreírle a su anciana amiga y casera.

—¿Conoces alguna tienda en la que vendan hombres? —preguntó, con un brillo travieso en sus ojos oscuros.

Dora abrió los suyos como platos.

—¿Hombres? Pero si hace diez minutos me has dicho que todos los hombres son unos canallas y prefieres vivir sin ellos.

Jessie se encogió de hombros.

—Eso fue hace diez minutos. Arreglarme esta noche me ha recordado cuando era joven y alegre... y no sabía nada sobre el sexo opuesto. Lo que daría por volver a ser esa chica otra vez, sólo por una noche. Ya sabes, salir con un chico guapísimo...

—Si esa fantasía se hiciera realidad, ¿dónde te llevaría ese chico guapísimo? —preguntó Dora, escéptica.

—No sé, a algún sitio estupendo a cenar y luego a una discoteca.

«Y después me llevaría a su piso de soltero y luego...»

Ese último pensamiento la sorprendió. Desde que tuvo a Emily, no había echado de menos a los hombres. No le había apetecido estar con nadie.

Ahora, de repente, la idea de volver a salir con alguien le resultaba muy agradable. Más que agradable, si era sincera. Casi una necesidad.

Sus hormonas, aparentemente, habían empezado a ponerse en marcha otra vez.

Jessie dejó escapar un suspiro cargado de frustración. E irritación. Los hombres no eran necesarios para nada y sólo servían para complicarle la vida. Siempre era así.

Criaturas inútiles todos ellos.

¡Excepto para una cosa!

Ahora que sus hormonas estaban en marcha de nuevo, debía admitir que no había nada comparable a tener un buen amante.

El padre de Emily había sido bueno en la cama. Pero también un loco, cuyo espíritu aventurero e irresponsable le había llevado a la muerte mientras hacía snowboard en la montaña. Antes de que Lessie supiera que iba a tener un hijo suyo.

Jessie había descubierto, a la augusta edad de veintiocho años, que los miembros del sexo opuesto que eran buenos en la cama, los

seductores irresistibles como Lyall, rara vez estaban dispuestos al compromiso. Y sospechaba que si el propio Lyall no hubiese muerto, no se habría quedado con ella y con su hija.

No, estaba mucho mejor sin un hombre. Por el momento, al menos. Emily sólo tenía cuatro años y era muy impresionable. Lo último que necesitaba era que su mamá empezara a salir con hombres interesados sólo en una cosa. No había futuro en eso. Y no había felicidad.

Los hombres podían mantener relaciones sexuales sin sufrir y sin comprometerse. Las mujeres… en fin, no era tan fácil.

Y había tardado mucho tiempo en restañar la herida de Lyall. Por su muerte y por el descubrimiento posterior de que ella no había sido la única mujer en su vida.

—Lo que de verdad quiero para Navidad —dijo Jessie, mientras guardaba los cosméticos en su bolso— es un trabajo decente en una agencia de publicidad.

Había trabajado como diseñadora gráfica antes de quedar embarazada, convencida de que, algún día, la ascenderían al puesto de directora creativa. No quería pasar el resto de su vida trabajando en las ideas de otros o dejando que se llevaran los aplausos cuando era ella quien mejoraba los anuncios. Jessie sabía que tenía talento y soñaba con tener su propio equipo creativo algún día, con hacer ella misma la presentación del proyecto a los clientes y conseguir las palmaditas en la espalda… y el dinero de algún prestigioso cliente.

Entonces trabajaba en Jackson & Phelps, una de las mejores agencias de publicidad de Sidney.

Pero tener a Emily la había hecho redefinir sus prioridades en la vida. Había pensado volver a Jackson & Phelps cuando terminase su baja por maternidad, pero cuando llegó el momento decidió que no le apetecía llevar a su hija a la guardería. Quería quedarse en casa y cuidar de ella.

Pensaba que podría trabajar como freelance porque tenía un ordenador último modelo y todo el software necesario, pero la recesión económica hizo que las agencias recortasen presupuestos y muchos artistas gráficos se quedaron sin trabajo.

Jessie se vio obligada a pedir el subsidio de desempleo y a dejar el elegante apartamento en el que había vivido hasta entonces. Afortunadamente, encontró sitio en casa de Dora, una señora adorable con una casita preciosa en Roseville, un barrio al norte de Sidney, cerca de la estación.

Dora había ampliado la casa cuando su madre, ya fallecida, fue a vivir con ella. Era un anexo con un solo dormitorio, pero tenía la entrada aparte, cuarto de baño y un saloncito con cocina francesa que

daba a un recoleto jardín. Justo lo que necesitaba una niña de un año que estaba aprendiendo a caminar.

El alquiler que Dora le cobraba era muy razonable y, a cambio, Jessie la ayudaba en la casa y en el jardín. Pero andaba corta de fondos y a duras penas llegaba a fin de mes. Los regalos eran cositas de poca monta en los cumpleaños o en Navidad. Afortunadamente, la última no fue un problema, porque Emily, que tenía tres años, no sabía que sus regalos eran de una tienda de Todo a cien.

Pero cada día necesitaba más cosas.

Aunque había sido muy gratificante cuidar de su hija en casa, tenía que hacer algo y, en enero, apuntó a Emily en una guardería y empezó a buscar trabajo.

Desgraciadamente, sin mucho éxito.

A pesar de haber dejado su currículum en varias agencias de empleo y haber hecho incontables entrevistas, nadie quería contratar a una diseñadora gráfica que era madre soltera y llevaba fuera del circuito tres años.

Durante algún tiempo hizo un trabajo horrible, aunque lucrativo, para un detective privado, Jack Keegan. El anuncio del periódico decía que buscaban una recepcionista. No era necesaria experiencia, sólo una buena imagen y una bonita voz. Pero cuando llegó, el puesto de recepcionista ya estaba ocupado y le ofrecieron trabajar como «investigadora».

Básicamente, la enviaban como señuelo para pillar a hombres que eran infieles a sus esposas. Le decían un sitio y una hora, casi siempre un bar o un hotel, y le daban una fotografía. Su trabajo exigía que vistiera de forma llamativa, que entrase en contacto con el objetivo y coqueteara lo suficiente para que al tipo se le viera el plumero. Cuando había reunido pruebas suficientes, usando un móvil de última generación con vídeo cámara, Jessie desaparecía con la excusa de ir al lavabo.

Sólo había aguantado media docena de encargos antes de dimitir. Quizá si, una vez, una sola vez, uno de esos hombres se hubiera resistido a sus encantos... Pero no. Todos caían en la trampa. Los canallas, y lo eran todos, no perdían tiempo en hacerle proposiciones. Y cada vez que se excusaba para ir al lavabo se sentía sucia.

Después de esa experiencia, había aceptado un trabajo de camarera en un restaurante cercano. Pero, por Emily, se negaba a trabajar de noche o durante los fines de semana, aunque las propinas habrían sido mejores. Y cada vez tenía más gastos. Incluso con el subsidio del estado por ser madre soltera, llevar a su hija a una guardería cinco días a la semana le costaba un dineral.

Lo único bueno era que la niña estaba encantada en la guardería. Tanto que Jessie a veces tenía celos de las profesoras. Había crecido tanto en el último año…

Demasiado.

Ahora tenía cuatro años.

Unos días antes le había preguntado por su padre y no le hizo ninguna gracia que ella intentara irse por la tangente. Jessie se vio obligada a contarle la verdad, que Lyall había muerto en un trágico accidente antes de que ella naciera. Y no, no estaban casados.

—Entonces, papá y tú no estáis divorciados —murmuró Emily—. Y no va a volver, como el papá de Joel.

Joel era su mejor amigo en la guardería.

—No, Emily —había suspirado Jessie, con lo que le pareció un apropiado tono de tristeza—. Tu padre no va a volver. Está en el cielo.

—Ah.

La niña se alejó, con el ceño arrugado.

Más tarde, Jessie la encontró en una esquina del jardín, manteniendo una seria conversación con su muñeca, la que Dora le había regalado en agosto, cuando cumplió cuatro años. Emily se calló al verla, pero enseguida le preguntó si podían ir a ver al Santa Claus de los grandes almacenes porque tenía que decirle lo que quería antes de que fuera demasiado tarde.

Evidentemente, con cuatro años una niña era demasiado pequeña para entender la tragedia de la muerte de un padre.

Pero el recordatorio de que se acercaban las fiestas fue lo que la decidió a hacer un trabajo más para Jack Keegan. El detective le había dicho que lo llamara si alguna vez necesitaba dinero… Y lo hizo, porque las muñecas Felicity, el regalo que Emily quería para Navidad, eran las más caras del mercado. Le harían falta los cuatrocientos dólares que iba a ganar esa noche para comprar la puñetera muñeca, junto con sus accesorios: un palacio, un caballo mágico y un armario lleno de ropa.

Y hablando de ropa…

Jessie se estiró la falda del vestido que se había puesto para la misión de esa noche. Era negro, de crepe de seda, con escote halter, el más sexy que había en su armario, pero tenía seis años y temía que empezara a notarse.

—¿Seguro que estoy bien? —le preguntó a Dora—. Está un poco viejo.

—No, está muy bien —le aseguró su amiga—. Y no se ha pasado de moda. Estás preciosa, Jessie. Pareces una modelo.

—¿Una modelo? Sé que tengo buen tipo, pero el resto es bastante

normalito. Sin maquillaje, ningún hombre me miraría dos veces. Y, si no me lo recojo, mi pelo es un desastre.

—Subestimas tu atractivo, Jessie —sonrió Dora.

Y era verdad.

Tenía un cuerpo espectacular; la clase de cuerpo que sólo tienen las modelos de ropa interior. Pechos altos, cintura estrecha, caderas delgadas y piernas interminables. Y parecían aún más largas con las sandalias negras de tacón.

Pero no era guapa en el sentido clásico. Tenía la boca demasiado grande, la barbilla más bien cuadrada y la nariz ligeramente larga. Pero también tenía unos ojos rasgados que parecían llenos de promesas sensuales; unos ojos que atraían a los hombres como un imán.

En cuanto a su pelo… de joven, Dora habría matado por tener el pelo de Jessie. Negro y rizado, cuando se lo dejaba suelto caía sobre sus hombros como una exótica cascada. Cuando se lo recogía, los rizos que se escapaban a ambos lados de su cara le daban un aire más sexy todavía, si eso era posible.

A Dora no le sorprendió que un detective privado le hubiese ofrecido trabajar como señuelo. Era el arma perfecta para atraer a maridos infieles. Y a los que eran fieles también, seguramente.

—¿Este es el hombre? —preguntó, tomando una foto que había sobre la mesa.

—Sí.

—Es guapo.

A Jessie también le había parecido guapo. Mucho más guapo que los otros idiotas con los que había tenido que coquetear. Y más joven. Treinta y tantos, seguramente. Pero no tenía ninguna duda sobre el tipo de hombre que era.

—Guapo, sí, desde luego. Casado y con dos niños pequeños, pero se pasa los viernes bebiendo hasta las tantas en un bar.

—Muchos hombres beben los viernes por la noche.

—Dudo que vaya sólo a beber. El bar que frecuenta es un sitio al que van muchas mujeres.

—Hay mujeres en todos los bares, ¿no?

—Sí, Dora, pero me refiero a «cierto» tipo de mujer —sonrió Jessie —. Su esposa está convencida de que la engaña y quiere saber si es verdad.

—¿Y que ella esté convencida es una prueba de adulterio? —replicó Dora—. Puede que luego se arrepienta.

—¿Por qué dices eso?

—A mí nunca me ha parecido justo que envíen a una chica como

tú a tontear con esos hombres. Puede que éste nunca le haya sido infiel a su mujer... A lo mejor trabaja muchas horas y sólo sale a tomar una copa para relajarse. Y entonces apareces tú, le tientas... y el pobre no puede resistirse.

Jessie soltó una carcajada. Dora hablaba de ella como si fuera una sirena. Pero no era irresistible. Que se lo preguntasen a todos los hombres que no habían querido contratarla en el último año.

No, la pobre no sabía de qué estaba hablando. Pero, claro, Dora tenía sesenta y seis años. En su época, seguramente los hombres eran más honorables.

—Créeme, Dora. Para cuando acuden a Jack Keegan y le dan el dinero que les pide, ya no hay ninguna duda de que sus maridos las están engañando. Sólo quieren una prueba para usarla en el divorcio. Curtis Marshall, por ejemplo —dijo Jessie, señalando al hombre de ojos azules de la fotografía— no es un pobre trabajador incomprendido. Está engañando a su mujer y está a punto de ser pillado con las manos en la masa... que soy yo. Y ahora, tengo que irme —añadió, guardando la fotografía en uno de los bolsillos interiores del bolso—. Voy a darle un beso a Emily.

Entró en el dormitorio de puntillas. Su hija había apartado el edredón porque hacía una noche muy agradable, pero Jessie la tapó con la sábana. Hacía poco tiempo que había pasado de la cuna a la cama y parecía una muñequita, tan pequeña...

Se le encogía el corazón cuando miraba a su hija.

Eso fue lo que más la sorprendió cuando tuvo a Emily. El inmediato e incondicional amor que sintió en cuanto tuvo a la niña en sus brazos.

¿Habría sentido su madre lo mismo cuando la tuvo a ella?

Seguramente, no. Sospechaba que el amor de su madre había estado marcado por la vergüenza.

Jessie sacudió la cabeza para desechar esos pensamientos mientras acariciaba los rizos oscuros de Emily.

—Duerme, cariño mío. Mami volverá enseguida —murmuró—. Gracias por cuidar de ella, Dora —dijo luego, cuando volvió a al saloncito.

—De nada —contestó su amiga y casera.

—Ya sabes dónde están las galletas.

—Esta noche ponen una buena película a las nueve… dentro de diez minutos —sonrió Dora, mirando el reloj—. Será mejor que te vayas y, por favor, toma un taxi a la vuelta. Es muy peligroso viajar en tren a esas horas, especialmente un viernes por la noche.

—Espero no acabar muy tarde —suspiró Jessie.

Quería aprovechar al máximo el dinero que iba a ganar. ¿Por qué iba a gastarse treinta dólares en un taxi?

—Jessie Denton —la regañó Dora—. Prométeme que vendrás en taxi.

—Lo haré… si me parece necesario.

—Eres muy cabezota, jovencita.

—Lo sé, pero tú me quieres de todas formas —sonrió Jessie. Y después de darle un beso, se colocó el bolso al hombro y salió por la puerta.

Capítulo 2

Kane estaba sentado en la barra, con un vaso de whisky en la mano, pensando en las perversidades de la vida.

Seguía sin creer lo que le había contado su hermano; que era muy infeliz en su matrimonio y pasaba todos los viernes en aquel bar, en lugar de volver a casa. Curtis incluso le había confesado que a veces iba a la oficina los fines de semana para escapar de la tensión y las discusiones.

Kane no podría haberse quedado más sorprendido. Durante años había envidiado a su hermano gemelo por su mujer, sus hijos y lo que él creía una vida perfecta.

La realidad, aparentemente, no tenía nada que ver. Por lo visto, Lisa estaba harta de ser ama de casa. Se aburría y le apetecía estar con otros adultos. Para remate, Joshua, de dos años, se había convertido en un niño insoportable y a Cathy, de cuatro, le daba por montar pataletas. Lisa estaba harta de todo y, como resultado, su vida sexual se había reducido a cero.

Curtis, que nunca había sido un hombre muy comunicativo, empezó a llegar tarde a casa y, como castigo, su mujer no le dirigía la palabra.

Su hermano temía que lo abandonase llevándose a los niños con ella y por eso lo había llamado esa noche, desesperado.

Kane, que había estado en la oficina hasta muy tarde, resolviendo el problema que les planteaba la dimisión de un diseñador gráfico, había acudido al rescate, como hacía siempre que su hermano gemelo tenía un problema. Llevaba toda su vida rescatando a Curtis, desde que eran pequeños.

—Adoro a mi familia y no quiero perderla —le había dicho diez minutos antes, mientras tomaba una cerveza—. Dime qué puedo hacer, Kane. Tú siempre encuentras una solución para todo.

Kane había levantado los ojos al cielo. Por lo visto, Curtis creía que iba a solucionarlo todo con su varita mágica. Y era lógico. Al fin y al cabo, había hecho una fortuna enseñando a la gente cómo tener éxito en la vida profesional. Sus seminarios eran muy concurridos. Sus honorarios como orador, tremendos. Su libro, Ganar en el trabajo, se había convertido en un best—seller y había sido traducido a varios idiomas.

Unos meses antes había hecho una gira para promocionar el libro en Estados Unidos y las ventas eran escandalosas.

Pero esa gira lo había dejado agotado, física y emocionalmente, y

desde que volvió a casa decidió recortar sus obligaciones profesionales. Estaba pensando en tomarse unas largas vacaciones cuando su amigo Harry Wilde le había pedido que se encargara de su agencia de publicidad durante el mes de diciembre mientras él se iba a hacer un crucero con su familia.

Kane había aceptado sin dudar. Un cambio de rutina era tan bueno como unas vacaciones. Y lo estaba pasando bien. Era interesante saber si sus teorías podían aplicarse a cualquier negocio.

Desgraciadamente, sus estrategias para tener éxito en el mundo profesional no se trasladaban necesariamente a la vida privada. La suya, especialmente. Con un matrimonio fracasado a sus espaldas y ninguna relación seria entre manos, no era el mejor hombre para dar consejos sobre el matrimonio.

Pero sí sabía una cosa: no se resuelve un problema en la barra de un bar, tomando una cerveza detrás de otra. No se resuelve nada escondiendo la cabeza.

Por supuesto, ésa era la naturaleza de Curtis: tomar el camino más fácil, alejarse de los problemas. Siempre había sido el gemelo tímido, el que necesitaba protección. Aunque muy inteligente, Curtis nunca había tenido su seguridad, su ambición. Que hubiese elegido ser contable no sorprendió a nadie.

Aun así, Kane entendía que no debía haber sido fácil ser su hermano gemelo. No era fácil seguir a alguien con una personalidad tan arrolladora.

Pero ya era hora de que Curtis se enfrentase a la vida cara a cara; a la vida y a sus responsabilidades. Tenía una mujer maravillosa y dos niños estupendos que lo necesitaban.

Y estaba actuando como un cobarde.

Pero no se lo había dicho. La primera regla cuando aconsejaba a los ejecutivos era nunca criticar, todo lo contrario. Animar y halagar funcionaba mucho mejor que señalar los defectos de alguien.

Con esa teoría en mente, Kane le había dado a su hermano una de sus mejores charlas, diciéndole lo estupendo que era. Un buen hermano, un buen hijo, un buen marido y un buen padre. Incluso le dijo que era un contable extraordinario. ¿No le hacía la declaración de la renta todos los años?

Kane le aseguró que su mujer lo quería y no pensaba dejarlo por nada del mundo.

A menos que no se sintiera querida. Y, seguramente, ése era el problema.

Después, lo había enviado a casa para decirle a su mujer que la quería y que lamentaba no haber estado a su lado cuando lo

necesitaba. Debía jurarle que, en el futuro, no volvería a pasar.

—Y cuando Lisa caiga llorando en tus brazos, hazle el amor como no se lo has hecho en mucho tiempo —había añadido, como nota final.

Curtis vaciló, pero Kane le prometió pasar por su casa al día siguiente para darle apoyo moral.

Aunque esperaba que, para entonces, todo se hubiera solucionado.

Un divorcio en la familia era más que suficiente. A sus padres les daría un ataque si Curtis y Lisa también se separaban.

Kane tomó un trago de whisky, preguntándose por qué se había casado con Natalie. Fue una decisión equivocada. Su matrimonio había estado gafado desde el principio.

—Hola, cariño.

Kane giró la cabeza y vio a una guapa rubia dejándose caer seductoramente en el taburete de al lado. Todo en ella, y había mucho, estaba a la vista. Por un momento, sus hormonas se pusieron en marcha. Hasta que la miró a los ojos.

Eran bonitos, sí, pero vacíos. El nunca podría sentirse interesado por una mujer de ojos vacíos.

Natalie tenía unos ojos inteligentes.

Una pena que no hubiese querido tener hijos.

—Parece que necesitas compañía —dijo la rubia, llamando al camarero para pedirle una copa de champán—. ¿Has tenido un mal día?

—No. He tenido un buen día... pero no tan buena noche —contestó él, sin dejar de pensar en su hermano.

—La soledad es horrible.

—A lo mejor yo quiero estar solo.

—Nadie quiere estar solo, cielo.

Kane la miró, pensativo. Tenía razón, nadie quería estar solo. El tampoco. Pero un divorcio, incluso uno amigable, hacía que un hombre se lo pensara dos veces. Habían pasado quince meses desde que se separó de Natalie, tres desde que consiguieron el divorcio. Y aún no había encontrado a nadie. Ni siquiera había sucumbido a las ofertas de una noche.

Las mujeres solían dejar caer que estaban disponibles para una noche, o un fin de semana, o lo que fuera. Pero Kane no estaba interesado en eso. El había esperado encontrar lo que tenía Curtis, una mujer que no estuviera interesada en llegar a lo más alto, una mujer que quisiera dejar de trabajar durante unos años para ser esposa y madre.

Ahora no estaba seguro de que existieran mujeres así. Las que le

resultaban atractivas eran inteligentes, educadas, guapas. Chicas que trabajaban duro y jugaban duro. No querían convertirse en amas de casa.

—Venga, anímate un poco —dijo la rubia—. Pide otra copa, hombre.

Kane sabía que, probablemente, no debería hacerlo. No había cenado nada y el whisky se le estaba subiendo a la cabeza. No estaba interesado en la rubia, pero tampoco le apetecía volver a una casa vacía. Tomaría otra copa con ella, pensó, y luego saldría a cenar algo.

Capítulo 3

El bar que Curtis Marshall frecuentaba los viernes se llamaba El Sótano, así que no debería haberle sorprendido que hubiese que bajar una escalera. Una escalera estrecha. Una escalera que la hacía caminar con mucho cuidado sobre sus tacones. Lo último que deseaba era caerse de bruces.

La música llegó a sus oídos una décima de segundo después que el humo.

Jazz.

No era su favorita, pero daba igual. No estaba allí para pasarlo bien. Estaba allí para hacer un trabajo.

El mazas que había en la puerta la miró de arriba abajo, complacido.

—Muy guapa —murmuró, cuando pasaba a su lado.

Jessie no contestó. Siguió adelante, con la cabeza bien alta, intentando acostumbrarse a la penumbra del local. Eran las diez en punto. Los que habían ido a tomar una copa después de trabajar ya se habrían marchado a casa y los que empezaban el fin de semana todavía no habían llegado.

No había estado nunca en aquel bar, pero Jack le contó que era un sitio frecuentado por hombres que querían echar una canita al aire.

La decoración era estilo años veinte, con mesas de madera y lámparas de bronce. El grupo de jazz ocupaba una esquina y, frente a ella, había una pista de baile.

La barra, semicircular, estaba al fondo, con una docena de taburetes de cuero. Detrás de las botellas, un enorme espejo que reflejaba las caras de los que estaban tomando una copa.

Sólo había media docena de personas y reconoció a su objetivo de inmediato.

Estaba en el medio, con una rubia a su izquierda. A su derecha había varios taburetes vacíos. La rubia se inclinó para decirle algo y él le hizo un gesto al camarero.

¿Le habría pedido que la invitase a una copa? ¿Estaba haciendo en ese momento lo que su mujer sospechaba que hacía?

Con un poco de suerte, no tendría que tontear con él. Podría grabarlos con la vídeo cámara del móvil sin tener que soportar a aquel cerdo.

Mientras se acercaba a la barra, sentía como un nudo en el estómago. Le seguía asqueando hacer ese trabajo.

«Piensa en el dinero», se dijo, mientras se sentaba en un taburete a

la derecha de su objetivo.

«Piensa en la carita de Emily el día de Navidad, cuando vea que Santa Claus le ha traído exactamente lo que esperaba».

Casi había recuperado la compostura cuando dejó el bolso sobre la barra. Así, como quien no quiere la cosa, sacó el móvil y, fingiendo que leía sus mensajes, lo colocó en posición para grabar la escena que tenía lugar a su izquierda.

—Gracias —dijo la rubia cuando el camarero puso una copa de champán delante de ella—. ¿Por qué brindamos, guapo?

Cuando el camarero se apartó, Jessie pudo ver de nuevo la cara de su objetivo reflejada en el espejo.

Sin duda, era un hombre guapo, más guapo que en la fotografía. Parecía más maduro, además. Quizá la foto que llevaba en el bolso era un poco antigua porque también llevaba el pelo cortado de otra forma. El color era el mismo, castaño claro, pero lo llevaba muy corto, con la parte de arriba un poco levantada con gomina, un look muy juvenil.

Y ese corte destacaba sus ojos azules.

Ese era otro rasgo que parecía diferente. Sus ojos. En la foto parecían azul cielo, con una expresión soñadora. En realidad, eran azul cobalto. Y nada soñadores, más bien irónicos.

—Por el matrimonio —estaba diciendo, mientras levantaba su copa.

—¡Por el matrimonio! —exclamó la rubia—. Esa es una institución caduca. Prefiero brindar por el divorcio.

—El divorcio es una de las lacras de nuestra sociedad —replicó él —. No pienso brindar por eso.

—Por el sexo, entonces. Brindemos por el sexo —dijo la rubia, con tono seductor.

—Cariño, me parece que te has equivocado de hombre —replicó él, sarcástico—. Siento haberte dado una impresión errónea, pero no estoy en el mercado para lo que tú quieres.

Jessie estuvo a punto de caerse del taburete. ¿Qué estaba pasando? ¿Un hombre de honor? ¿Habría tenido razón Dora después de todo?

—¿Estás seguro? —murmuró ella, pestañeando como una muñeca.

—Muy seguro.

—Pues tú te lo pierdes, guapo.

La rubia bajó del taburete y se contoneó hasta una mesa... pero no estuvo sola más de diez segundos porque otro hombre se acercó de inmediato. Jessie miró el espejo y descubrió que su objetivo, por fin, se había fijado en ella. Cuando sus ojos se encontraron, le dio un vuelco el corazón. Hacía años que no reaccionaba así por ningún

hombre.

Estuvieron mirándose durante más tiempo del que era aconsejable. Debería haber girado la cabeza, pero no era capaz.

De repente, un hombre se sentó en el taburete de al lado, devolviéndola a la realidad.

—¿No nos hemos visto antes, guapa? —le preguntó el tipo, con aliento a cerveza—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Debía tener unos cuarenta años, bajito y borracho, con un traje barato en nada parecido al traje italiano que llevaba su objetivo.

—No, gracias —dijo Jessie, muy digna—. Me gusta pagar mis copas.

—Una de esas feministas, ¿eh? Mejor para mí. Así me sale más barato.

—Y también me gusta beber sola —insistió ella.

El borracho soltó una risotada.

—Una chica tan sexy como tú no debería hacer nada sola. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Tu novio te lo hizo pasar mal o es que no soy suficientemente joven para ti? Créeme, sigo teniendo lo que hace falta. Mira, deja que te lo enseñe...

El tipo estaba, literalmente, intentando bajarse la bragueta cuando salió despedido del taburete.

—Deje que yo le enseñe algo, amigo... la puerta.

Jessie observó, boquiabierta, cómo su objetivo, convertido en caballero andante, llevaba al borracho hasta la puerta del local. Intercambió unas palabras con el de seguridad y, mientras la maza se llevaba al borracho, su caballero andante volvió a la barra.

Y aquella vez, Jessie se encontró admirando algo más que su cara.

Sus anchos hombros, por ejemplo. O cómo había manejado la situación. Y su sonrisa.

Esa sonrisa era pura dinamita. Y algo más... pero nada puro.

De repente, volvió a sentir el anhelo de estar en los brazos de un hombre guapo. Y aquel hombre era guapísimo.

Pero estaba casado, se recordó a sí misma. Y sentándose en el taburete que había dejado vacante el borracho.

Jessie recordó entonces lo que Dora había dicho: que no era justo enviar a alguien como ella para tentar a un hombre.

Pero la rubia era muy atractiva. Si quería sucumbir a la tentación, ¿por qué no lo había hecho con ella?

A lo mejor no le gustaban las rubias, pensó. A lo mejor le gustaban las mujeres morenas de piernas largas. A lo mejor le gustaban las mujeres que no eran tan descaradas.

Había muchas razones para que un hombre se sintiera atraído por

una mujer y no por otra.

Y se sentía atraído por ella. Podía verlo en sus ojos. Y en su sonrisa.

—Gracias —dijo Jessie.

—Puedes invitarme a un whisky con soda para agradecérmelo —sonrió él—. A menos que lo de beber sola lo hayas dicho de verdad.

«Vete de aquí ahora mismo, chica», le decía su conciencia. Aquel tipo era peligroso.

—Sólo intentaba librarme de él —se oyó decir a sí misma.

—No sabes cuánto me alegro. ¿Quieres tomar algo? Después de todo, un caballero no deja que una señora lo invite a una copa.

«Sólo estoy haciendo mi trabajo», se dijo Jessie a sí misma. Para eso la pagaban, para tontear con el objetivo, para comprobar qué clase de hombre era.

Sí, pero no debería disfrutar, pensó.

—Una Coca—Cola Light, gracias.

El levantó una ceja.

—Vienes a un bar a tomar una Coca—Cola Light? Qué raro. Eso puedes comprarlo en una máquina.

—A lo mejor he venido a buscar compañía —dijo Jessie entonces, esperando que él metiera la pata.

—No creo que una chica como tú tenga que hacer eso. Debes tener hombres haciendo cola en la puerta de tu casa.

En realidad, así era. Pero ninguno que le interesara. Los hombres que querían salir con ella la tenían encasillada en dos tipos: camarera pasional o madre soltera desesperada, dependiendo de dónde y cómo los hubiera conocido.

En cualquier caso, sabía muy bien lo que querían de ella, y no era conversación precisamente.

Siempre decía que no.

Los revolcones de una noche no le atraían lo más mínimo. El sexo no la había interesado...

Hasta esa noche.

—Otro whisky con soda —oyó que le decía al camarero—. Y un Bacardí con Coca—Cola para la señorita —añadió, con una sonrisa.

—¿Y si no me gusta el Bacardí con Coca—Cola?

—Tú y yo sabemos que los cargan muy poco. Sólo sabrá a Coca—Cola.

—Sí, es verdad —sonrió Jessie.

—¿Tenía razón ese tipo? —preguntó él entonces, mientras el camarero se disponía a servir las copas—. ¿Tu último novio te dejó? ¿Por eso estás sola?

Ella se encogió de hombros.
—Algo así.
—Ah, una mujer misteriosa. Eso me gusta.
—¿Por qué?
—Normalmente, las mujeres se lanzan a contarme su vida un minuto después de haberlas conocido.
—¿Te ocurre a menudo?
—Demasiado a menudo.
—¿La rubia ha hecho eso?
—En realidad, no. Pero ella tenía otros planes para esta noche. Y parece que se ha salido con la suya.
Jessie vio que la rubia salía del bar con el hombre que se había acercado antes. No había que ser un genio para saber dónde iban o qué iban a hacer.
—La mayoría de los hombres habrían aprovechado la oportunidad.
—Yo no soy como la mayoría de los hombres.
—Sí. De eso ya me he dado cuenta.
Cuando el camarero sirvió las copas, Jessie se agarró a su Bacardí como si fuera un salvavidas. Aunque por fuera parecía muy tranquila, por dentro estaba de los nervios. Le gustaba aquel hombre. Más que gustarle, lo encontraba fascinante. Y sexy. Muy sexy.
—¿Y tú? —preguntó, para ver si confesaba que estaba casado.
—¿Yo qué?
—¿Tu última novia te dejó? ¿Por eso estás aquí?
El tomó un sorbo de whisky, pensativo. Jessie empezaba a ponerse muy, muy nerviosa. Por muy mal que se llevara con su mujer, debería estar en casa con su familia. Le había oído decir que el divorcio era una de las lacras de la sociedad... ¿Quería encontrarse en medio de uno?
Por fin, él levantó la mirada.
—¿Qué te parece si no hablamos del pasado? A veces creo que hablo demasiado —murmuró, dejando el vaso sobre la barra—. Ahora están tocando algo decente. Vamos a bailar.
Jessie se echó hacia atrás.
—¿Bailar?
—No me digas que no —sonrió él, bajando del taburete—. Sólo es un baile. Cuide el bolso de la señorita, por favor —le dijo al camarero —. Y será mejor que guardes el móvil. No querrás que te roben un aparato último modelo como ése.
Jessie vaciló, pero unos segundos después guardaba el móvil en el bolso y dejaba que la llevase a la pista.
«Sólo es un baile», se decía a sí misma.

El problema era que había bailes y «bailes».

Era una canción lenta, sensual. Y él la apretaba contra su torso de tal forma que tuvo que enredar los brazos alrededor de su cuello. Sus pechos se levantaron, restregándose contra el torso masculino. El acariciaba su espalda de arriba abajo y el calor de sus manos la quemaba a través del vestido. Se sentía mareada, excitada.

Y no era la única. Podía sentir la erección del hombre rozando su estómago.

—¿Me creerías si te digo que no he hecho esto en mucho, mucho tiempo? —preguntó él entonces, con voz ronca.

—¿Hacer qué?

—Conocer a una chica en un bar y pedirle que venga a un hotel conmigo.

Jessie dejó de respirar. Dejó de pensar. El mundo parecía estar patas arriba. Una voz la tentaba: «di que sí, di que sí». Sí a lo que él quisiera.

Nunca en su vida había sentido lo que estaba sintiendo en aquel momento. Ni siquiera con Lyall.

Aquello era otra cosa, algo mucho más poderoso e infinitamente más peligroso.

—¿Lo harías? —preguntó él, mirándola a los ojos. Jessie no dijo una palabra. Pero sus ojos debieron darle la respuesta.

—Sin nombres —murmuró—. Aún no. No hasta después. No quiero decir nada que pueda estropear este momento. Porque nunca antes había sentido nada así. Dime que a ti te pasa lo mismo... Admítelo Dime que me deseas como yo te deseo a ti.

—Jessie no podía decirlo, pero cada fibra de su ser la obligaba a apretarse contra el cuerpo del hombre.

—Hablas demasiado, es verdad —murmuró por fin.

El dejó escapar un suspiro. ¿De alivio? ¿O estaba intentando aplacar la tensión sexual que había entre ellos?

—Entonces vendrás conmigo. Ahora.

No era una pregunta, era una afirmación. Una orden.

Sería un amante increíble, pensó Jessie. Dominante, experto, exigente. La clase de amante con la que había fantaseado tantas veces: Y que, de repente, deseaba con todas sus fuerzas.

—Yo... tengo que ir antes al lavabo —consiguió decir, desesperada por apartarse de él, aunque fuera un momento. Y, cuando hubiese recuperado la cordura, saldría corriendo.

—Supongo que a mí también me vendría bien una visita al lavabo. Nos encontraremos en la puerta.

No se encontraron en la puerta. Jessie estuvo menos de veinte

segundos en el lavabo y, después de recuperar su bolso, fue corriendo hasta la estación de Wynyard.

Sólo había pasado media hora desde que entró en el bar. Pero le parecía como si hubiera pasado una eternidad.

Capítulo 4

—¿Está sonando el teléfono, mami —decía Emily, tirando de sus vaqueros—. Mami, ¿no me oyes? Está sonando el teléfono.

—¿Qué? Ah, sí. Gracias, cariño.

Jessie soltó la camiseta que estaba a punto de colgar en la cuerda y corrió hacia la casa.

A saber quién sería. Había llamado a Jack a primera hora para contarle el encuentro de la noche anterior... temiendo que notase algo raro.

Había tomado la decisión de darle el beneficio de la duda al señor Marshall y sólo le contó el incidente con la rubia... no la conversación que mantuvo con ella más tarde. Ni el baile.

Pero Jack la sorprendió diciendo que la esposa de Marshall había llamado para decir que no quería que volvieran a seguir a su marido. Todo era un malentendido y habían hecho las paces.

Luego le dijo, con un tonito bastante desagradable, que suponía lo que había pasado en casa de los Marshall esa noche.

—Es fácil de adivinar. Nuestro objetivo cumplió en la cama. Me habría gustado ser una mosca en la pared de ese dormitorio...

Esa imagen se había quedado en la cabeza de Jessie toda la mañana. También a ella le habría gustado ser esa mosca para mirar al hombre con el que había bailado, el hombre al que había deseado tan desesperadamente, haciéndole el amor a su esposa.

Sabía que era absurdo sentir celos de su mujer. Absurdo desear ser ella la que estuviera en la cama. Absurdo, ridículo.

Pero no podía dejar de pensar en ello. Apenas había pegado ojo la noche anterior y ahora, mientras corría hacia el teléfono, seguía viendo el brillo de deseo en sus ojos, recordaba su voz ronca, su excitación palpable.

¿Habría sido sincero cuando le dijo que era la primera vez que le pedía eso a una mujer? ¿Que nunca había sentido algo así?

Jessie se inclinaba a creerlo. Posiblemente, había bebido más de la cuenta. O llevaba mucho tiempo sin tener relaciones sexuales. Era una tontería pensar que había habido algo especial entre ellos.

En el fondo, era una romántica. Los hombres pensaban de forma diferente, sobre todo con respecto al sexo. Sólo había sido un revolcón

potencial, nada más.

Quizá, cuando descubrió que había salido corriendo, se sintió aliviado. Quizá se fue a casa, sintiéndose culpable y de verdad hizo las paces con su esposa. Quizá no había usado el deseo que Jessie había incitado en él para hacerle el amor a una mujer que ya no le excitaba.

Pero, ¿por qué iba a hacer eso? ¿Por sus hijos? Quizá. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Una familia debe estar unida en Navidad. Y él odiaba el divorcio. Él mismo lo había dicho. Incluso había querido brindar por el matrimonio...

Claramente, su matrimonio le importaba.

Tenía que dejar de pensar en él, decidió Jessie mientras descolgaba el teléfono de la cocina. No volvería a verlo. Fin de la historia.

—¿Sí? —contestó, sin aliento.

—¿Jessie Denton?

—Sí, soy yo.

—Soy Nicholas Hanks, de Adstaff.

—¿Perdón? Ah, sí, Adstaff, la agencia de empleo. Hacía tiempo que no sabía nada de vosotros.

—Como te dije hace unos meses, en este momento no hay mucha demanda para diseñadores gráficos. Pero ayer quedó un puesto vacante y me acordé de ti enseguida.

—¿Ah, sí? ¿Por qué de mí especialmente? —preguntó Jessie, cauta. Conocía a la gente de las agencias de empleo y sabía que a veces eran demasiado optimistas.

—Porque esta agencia de publicidad quiere alguien que pueda empezar de inmediato. No quieren entrevistar a nadie que ya tenga trabajo.

A Jessie se le encogió el corazón. Tenía que haber docenas de diseñadores gráficos sin trabajo en Sidney. De nuevo, la posibilidad de conseguir aquel empleo era mínima.

—¿Qué agencia es? —preguntó.

—Ideas Bárbaras.

—Ah, me encantaría trabajar para ellos.

A ella y a cualquier diseñador gráfico. Ideas Bárbaras era una agencia pequeña comparada con algunos gigantes de la publicidad, pero era la más innovadora. Dirigida por Harry Wilde, tenía fama de convertir a sus diseñadores gráficos en directores creativos, en lugar de buscar talentos en otras agencias.

—Sí, ya imaginé que te gustaría. Tienes una entrevista con ellos el lunes a las diez en punto.

—¿Tan pronto? —murmuró Jessie. Tendría que pedir la mañana libre en el restaurante. Afortunadamente, el lunes era el día más

tranquilo...

—¿Puedes empezar a trabajar de inmediato?

—Desde luego que sí. Pero seamos sinceros... ¿Ni— cholas? ¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra?

—En realidad, tienes muchas posibilidades. Hemos enviado todos los currículum de artistas gráficos que tenemos y sólo han elegido dos. El tuyo es uno de ellos —contestó Nicholas—. Aparentemente, tienen que contratar a alguien de inmediato y no quieren perder el tiempo. Tengo aquí delante tu currículum y sé que estás capacitada para ese puesto, Jessie. Francamente, me sorprende que no te contrataran en esa agencia a la que te envié hace unos meses.

Ella dejó escapar un suspiro.

—A mí no. A pesar de lo que dicen, no quieren contratar a una madre soltera. No lo dicen en voz alta, claro, pero les preocupa que pidas días libres para cuidar de tu hijo... Estoy segura de que ése ha sido el problema.

—Bueno, en tu currículum dice que eres madre soltera, de modo que en Ideas Bárbaras ya lo saben. Y, sin embargo, quieren entrevistarte el lunes. Además, llevas a tu hija a una guardería, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero nada. Tus circunstancias no son diferentes de las de una mujer casada. Lo que cuenta para Ideas Bárbaras es tu talento y tu capacidad profesional. Impresiónalos y el trabajo es tuyo.

Jessie tuvo que hacer un esfuerzo para no emocionarse. Había pasado por eso muchas veces y, al final, siempre se llevaba una tremenda desilusión.

—Hablas como si ya estuviera contratada. Pero hay otro candidato, ¿no?

—Pues... sí.

—Y supongo que está tan cualificado como yo.

—Pues... sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Sería muy poco profesional por mi parte decir algo negativo de una cliente —contestó Nicholas. «Una». De modo que era una mujer—. Pero déjame aconsejarte sobre lo que debes llevar a la entrevista: nada demasiado llamativo ni demasiado moderno. Podrías pensar que para una entrevista en Ideas Bárbaras debes ponerte algo muy moderno... pero te aseguro que tendrás más posibilidades si llevas algo más normal.

—¿Un traje de chaqueta, por ejemplo?

—No, demasiado formal. En estas circunstancias, yo sugiero algo más sencillo.

—¿Unos vaqueros? Tengo unos nuevos. Podría ponérmelos con una camisa blanca y una chaqueta.

—Ah, perfecto.

—Y podría hacerme un moño… ¿me maquillo?

—No mucho.

—Muy bien.

Jessie imaginó que la otra candidata debía ser una chica llamativa, que intentaba vender su atractivo sexual. Nada raro en el mundo de la publicidad. Quizá ahora que Harry Wilde había pasado de playboy a hombre casado quería ir sobre seguro. Y quizá Nicholas le estaba aconsejando que el tipo de mujer fatal no sería buena idea.

—¿Alguna cosa más?

—No. Sé tú misma y seguro que todo saldrá bien.

—Gracias por todo.

—De nada. Lo único que siento es no haber encontrado antes un empleo para ti.

—Pero si aún no me lo han dado.

—Te lo darán.

Ojalá pudiera tener tanta confianza, pensó ella, pero la vida le había enseñado a no hacerse ilusiones.

—Tengo una llamada por la otra línea, Jessie. Buena suerte para el lunes.

Ella se percató entonces de que había dejado sola a Emily en el jardín. Y su corazón dio un vuelco, como el corazón de todas las madres.

Aunque era una niña muy tranquila; no se subía a los árboles, no rompía cosas y le gustaba jugar tranquilamente con sus muñecas. No se parecía nada a su padre. Para empezar, era mucho más lista.

Aun así, Jessie salió corriendo al jardín. Y, como casi siempre, descubrió a Emily jugando bajo la higuera. Era su casita y cada espacio entre las raíces del viejo árbol, las habitaciones. Su hija podía estar horas jugando allí.

Emily tenía una imaginación prodigiosa, como ella de pequeña. Quizá porque las dos eran hijas únicas. O quizá era un talento heredado. O ambas cosas.

Fuese lo que fuese, las chicas Denton eran muy creativas.

Jessie dejó escapar un suspiro. Deseaba aquel puesto en Ideas Bárbaras, no sólo por el dinero, sino porque le hacía falta. Ser camarera le sacaba de apuros, pero no quería servir mesas el resto de su vida. Quería usar su cabeza, crear algo, vivir la emoción del mundo de la publicidad.

—¿Quién era, mami? ¿Era Dora?

—Jessie, que había terminado de colgar la ropa en el tendedero, se inclinó para tomar a su hija en brazos. Era la hora de comer.

—No, cariño, no era Dora. Era un señor.

—¿Un señor simpático?

—Sí, Emily, muy simpático.

—¿Es tu novio?

—¿Qué? No, qué va. Sólo es un señor que busca trabajo para la gente. Y parece que ha encontrado un trabajo para mí. Tengo que ir a una entrevista el lunes. Si me lo dan, ganaré más dinero y podré comprar muchas cosas bonitas.

Emily no parecía impresionada por la noticia. Todo lo contrario.

—¿Por qué no tienes novio, mami? Eres muy guapa.

Jessie soltó una carcajada.

—Pues... porque no he conocido a ningún hombre que me guste para novio.

Mientras lo decía, no dejaba de pensar en un hombre de ojos azul cobalto y sonrisa devastadora. Pero no, era mejor así. Había salido de aquel bar justo a tiempo.

—Además, te tengo a ti, cariño —sonrió, apretando a la niña contra su corazón—. No necesito a nadie más.

Pero ésa era la mentira más grande que le había dicho a su hija desde que le contó que le gustaba ser camarera. Porque la experiencia de la noche anterior le había demostrado que necesitaba algo más. Necesitaba sentirse como una mujer de vez en cuando, no sólo como una madre. Necesitaba los brazos de un hombre, necesitaba aliviar su frustración...

Algún día, tendría que encontrar una salida, pensó. Un hombre, evidentemente. Un novio, como Emily había sugerido.

Pero, ¿quién?

De nuevo, pensó en el hombre de ojos azules.

Bueno, evidentemente, no podía ser él porque estaba casado.

Si consiguiera el trabajo, además de estar haciendo lo suyo, tendría la oportunidad de estar rodeada de colegas. De hombres.

El mundo de la publicidad estaba lleno de homosexuales, pero no todos lo eran. Tenía que haber un hombre para ella en algún sitio. Un hombre atractivo, inteligente, soltero... y que fuese bueno en la cama.

Por supuesto, los hombres atractivos, inteligentes, solteros y buenos en la cama solían ser, también, insoportables. Eran hombres que lo tenían todo y no querían saber nada de compromisos. No habría futuro en una relación así.

Jessie dejó escapar un suspiro. ¿De verdad necesitaba esa complicación en su vida? ¿No sería mejor quedarse como estaba?

Los hombres no daban más que problemas. Siempre había sido así. Estaba mucho mejor sola, con Emily. Su hija era feliz, ella era feliz. Y sería mucho más feliz si consiguiera ese puesto de trabajo.

La frustración no era más que algo temporal. Se le pasaría. Algún día.

Jessie volvió a suspirar.

—¿Por qué suspiras, mami? —preguntó Emily—. ¿Estás cansada?

—Un poquito, cariño.

—¿Por qué no tomas un café? Siempre tomas café cuando estás cansada.

Jessie miró los preciosos ojos castaños de su hija, riendo.

—Me conoces muy bien, ¿eh?

—Sí, mami —contestó la niña, con ese extraño tono adulto que usaba a veces—. Te conozco. ¡Ah, mira, el coche de Dora! Vamos a contarle lo de tu trabajo.

—Aún no me lo han dado, Emily. Sólo es una entrevista.

—Te lo darán, mami —dijo ella, con la seguridad de una niña de cuatro años—. Te darán ese trabajo.

Capítulo 5

IDEAS Bárbaras estaba al norte de Sidney, en la tercera planta de un edificio de oficinas no lejos de la estación. Afortunadamente, porque Jessie no tenía coche.

Llegó al vestíbulo muy temprano, con sus mejores vaqueros, una camisa blanca bien planchada y unos mocasines negros de piel. Del brazo llevaba una chaqueta, por si tenían el aire acondicionado a toda marcha, y un maletín en la otra mano.

Se había recogido el pelo en una coleta, con un pañuelo blanco y negro que le había prestado Dora. Apenas llevaba maquillaje y los pendientes eran unas crucecitas de plata.

Y el reloj. Ella no podía vivir sin reloj.

En ese momento, lo estaba mirando. Las diez menos veinte. No pensaba subir a la agencia todavía para que no pensaran que estaba desesperada. Sólo los desesperados llegaban tan pronto. En lugar de eso, fue al lavabo para comprobar de nuevo su aspecto.

En realidad, su imagen sería considerada muy conservadora en el mundo de la publicidad. Pero ella nunca había vestido de forma llamativa, incluso cuando podía hacerlo.

Por fin, salió del lavabo y tomó el ascensor. Llevaba meses sin hacer una entrevista de trabajo y tenía los nervios en el estómago. No porque no se sintiera capacitada. A ella nunca le había faltado confianza en su talento. Pero después de haber hecho tantas entrevistas sin éxito, empezaba a preguntarse si alguna vez iba a encontrar trabajo en su campo.

Aquella era la mejor oportunidad que le habían ofrecido en varios meses.

Cuando salía del ascensor, se preguntó si estarían entrevistando a la otra candidata. Y si los habría impresionado tanto que no se tomarían la molestia de hablar con ella. Con su mala suerte, la recepcionista podría decirle: «Muchas gracias por venir, pero el puesto ya está ocupado».

Jessie respiró profundamente, intentando tranquilizarse. A Harry Wilde le había gustado su currículum y tendría la decencia de entrevistarla, por lo menos.

La recepción de Ideas Bárbaras era acorde con su imagen: moderna y llena de color, con las paredes pintadas de rojo, el suelo de mármol negro y enormes sofás de piel beige.

La recepcionista era rubia, pero no exagerada ni muy llamativa. De unos treinta años, llevaba un traje oscuro y la miraba sonriente.

—Hola. Tú debes ser Jessie Denton.

—Sí, soy yo —contestó ella, secándose el sudor de las manos en los vaqueros—. Llego temprano, creo.

—Eso es mejor que llegar tarde. O no venir en absoluto —sonrió la chica—. Voy a llamar a Karen para decirle que estás aquí. Karen es la ayudante personal del señor Wilde —le explicó—. Siéntate un momento, por favor.

—Gracias.

—Ha llegado Jessie Denton, Karen —oyó que decía la recepcionista por teléfono—. Sí... ahora se lo digo.

Ella se había sentado y hacía lo imposible por mostrarse tranquila. Aunque por dentro era un manojo de nervios.

—El señor Marshall no ha terminado la entrevista con la otra candidata y...

—¡El señor Marshall! —exclamó Jessie, levantándose de un salto.

—El señor Wilde está de viaje. El señor Marshall se encarga de la agencia hasta que vuelva.

—Ah, ya veo —Jessie respiró profundamente. Qué tontería pensar que ese Marshall sería el mismo Marshall del viernes. Marshall no era un apellido tan raro. Además, su señor Marshall era contable. ¿Cómo un contable iba a dirigir una agencia de publicidad, aunque fuese temporalmente?

—Por cierto, me llamo Margaret —dijo la recepcionista—. Será mejor que nos vayamos conociendo. No debería decir esto, pero creo que tú le gustarás más que la chica que está dentro.

—¿Por qué? —preguntó Jessie.

No había terminado la frase cuando oyeron un portazo.

—Juzga por ti misma —dijo Margaret en voz baja.

En ese momento, una criatura asombrosa apareció en recepción.

Lo primero que sorprendió a Jessie fue su pelo naranja, que parecía cortado con un hacha. Con un hacha oxidada.

Lo segundo fue la cantidad de pendientes que llevaba en la cara. En las orejas, en la nariz, en las cejas, en los labios, en la barbilla...

A saber qué otras partes de su anatomía llevaba perforadas. Posiblemente, muchas.

Afortunadamente, la chica iba tapada hasta el cuello. Su estilo, sin embargo, era una combinación de punky y siniestro y la ropa parecía sacada de un cubo de la basura. Y las botas militares habían visto días mejores. Muchos días mejores.

—Dile a Harry Wilde que me llame cuando vuelva, si sigue interesado —murmuró aquel miembro de la familia Adams mientras se dirigía al ascensor—. No trabajaría para ese tío aunque fuera el

último empleo que quedase en la tierra. No sabe lo que es una persona creativa. No tiene ni idea.

En cuanto desapareció, Margaret miró a Jessie con una sonrisa en los labios.

—¿Lo entiendes ahora? Me parece que tienes el puesto asegurado.

Jessie no podía creer que el destino hubiera sido tan amable con ella.

—Eso espero. Necesito este trabajo.

El teléfono sonó inmediatamente.

—Sí, Karen. La mando para allá ahora mismo. Y no te preocupes, ésta sí le gustará —dijo Margaret, antes de colgar—. Te toca. Es la última puerta al final del pasillo.

Jessie tragó saliva.

—Una cosa más. ¿Sabes cómo se llama el señor Marshall?

—Kane. ¿Por qué? Ella suspiró, aliviada.

—No, por nada. Conocí a un Marshall una vez y... afortunadamente, no es el mismo.

—Siempre hay uno de ésos en el pasado —rió Margaret.

Cierto. Pero no era en el pasado para ella. Había sido sólo dos días antes y con sólo pensar en él seguía poniéndose a temblar.

Los nervios empezaron a desaparecer al saber que no era Curtis Marshall. Y tampoco podía negar que se alegraba de que la competencia no tuviese nada que hacer. Claramente, Nicholas, de Adstaff, no había aconsejado bien a la del pelo zanahoria. Y si lo había hecho, la chica no había seguido su consejo.

La puerta al final del pasillo era el despacho de la ayudante personal de Harry Wilde. No era tan original como la recepción, pero sí espacioso y moderno. La propia Karen no era lo que esperaba: de unos cuarenta años, era una pelirroja natural, más bien gordita y simpática.

—¡Ah, gracias a Dios! —exclamó al ver a Jessie—. ¿Has visto a la otra?

—Sí, la he visto. Pero la verdad es que no es raro ver gente como ella en el mundo de la publicidad.

Probablemente se cree una artista de vanguardia y tiene que llevar una imagen a juego.

—Aquí no contratamos artistas de vanguardia —bromeó Karen—. Contratamos gente con ideas innovadoras que sabe trabajar. Y que trabaja mucho. ¿Margaret te ha dicho que el señor Wilde está de viaje?

—Sí.

—Mejor. Entonces entenderás por qué yo hago parte de la

entrevista. El señor Marshall es un buen director y un motivador excelente, pero no tiene experiencia en el mundo de la publicidad. Yo llevo muchos años con el señor Wilde y sé qué le gusta —murmuró Karen, mirando su currículum—. Y tu currículum me gusta mucho. ¿Podrías enseñarme tu carpeta de trabajo?

Jessie sacó del maletín una carpeta que incluía copia de sus mejores trabajos y algunos anuncios propios que haría si la dejaran.

—Ah, éste es buenísimo. Michele, tu jefa, estará encantada contigo. Michele es una de nuestras ejecutivas. Su ayudante dimitió la semana pasada después de un pequeño altercado porque ella le recriminó su falta de motivación... faltaba mucho al trabajo y creemos que tenía un problema con las drogas —suspiró Karen—. El caso es que necesita un buen diseñador gráfico porque tiene que terminar varios encargos antes de Navidad. Además, pedirá un permiso por maternidad dentro de unos meses... va a tener otro niño. Y cuando eso ocurra, esperamos que tú puedas hacer su trabajo. En Adstaff me han dicho que eres una persona ambiciosa y que tu objetivo es ser directora creativa.

—Sí, es verdad. Los diseños al final de la carpeta son ideas originales, no son campañas en las que haya trabajado.

—A ver... —Karen empezó a pasar páginas—. ¿Esto es tuyo, el anuncio de electrodomésticos?

—Sí.

La página tenía un fondo azul fuerte para destacar los electrodomésticos de color blanco. Tumbada encima había una rubia tipo Mae West, con un vestido de noche blanco, acariciando los electrodomésticos con unas manos de uñas muy rojas. Sobre ella, la frase: No son los electrodomésticos de tu vida, sino la vida de tus electrodomésticos, como una parodia de la famosa frase de Mae West:

«No son los hombres de tu vida, sino la vida de tus hombres».

—Es muy bueno —dijo Karen.

Jessie sonrió.

—Gracias.

—Tenemos una firma de electrodomésticos como cliente... esto les iría muy bien. Tengo que enseñárselo a Peter, es el que lleva esa cuenta. Ya me imagino a Michelle y a Peter peleándose por ti —rió Karen entonces—. Pero, claro, el señor Marshall tiene que decir la última palabra... aunque estoy segura de que eso es una formalidad. Ven, vamos a su despacho. Espero que se haya recuperado de la última candidata... deberías haber visto su cara cuando abrió la puerta. Culpa mía, claro. Su currículum era buenísimo, pero en realidad no había sitio aquí para ella.

—¿Te importa si te pregunto por qué? La imagen puede ser

engañosa. Podría haber tenido mucho talento a pesar de los piercing.

—Y lo tenía. Era una buena diseñadora, pero no habría podido llegar más lejos. Harry quiere que su gente tenga una imagen determinada. Después de todo, un director creativo tiene que tratar con los clientes y algunos de ellos son muy conservadores.

Harry cree que la primera impresión es muy importante y Kane está de acuerdo con él. Y tú, Jessie Denton, causas una buena impresión.

—Pero si voy en vaqueros...

—Vaqueros nuevos —sonrió Karen—. Y me encanta tu pelo. Es divino.

Jessie no podría haberse sentido más segura de sí misma.

El destino había sido bueno con ella, por una vez.

Pero cuando el hombre que estaba sentado en el sillón de Harry Wilde levantó la cabeza, su corazón se detuvo.

Oh, no, no, no. ¿Cómo podía ser? La recepcionista había dicho que se llamaba Kane, no Curtis.

Pero era él. Sin ninguna duda. No había olvidado uno solo de sus rasgos. Y, además, iba vestido de la misma forma, con un traje italiano, corbata y camisa blanca.

Cuando los ojos azul cobalto se clavaron en ella lo vio levantar las cejas, sorprendido.

—Sí, estoy de acuerdo —sonrió Karen—. Mucho mejor que la señorita Jaegers. Es Jessie Denton y aquí está su carpeta de trabajo. Le he echado un vistazo y es estupenda, así que os dejo —añadió, volviéndose hacia Jessie—. Tranquila —le dijo en voz baja antes de salir.

Ella se quedó parada en medio del despacho, sin saber qué hacer. El destino no había sido bueno con ella después de todo. Le había presentado la mejor oportunidad de su vida... para arrebatársela después. Porque aquel señor Marshall, se llamara como se llamara, no iba a contratarla.

Si le contaba la verdad, se sentiría humillado y amenazado. Si no le contaba la verdad, tendría que volver a esa otra realidad, más sórdida: que le gustaba muchísimo y que, a pesar de saber que estaba casado, había estado a punto de irse con él a la cama.

No, eso no era así. Si mantenía su trabajo como señuelo en secreto, ella no tenía por qué saber que estaba casado. Al fin y al cabo, no llevaba alianza.

Y en ese caso, ¿cómo iba a explicarle su repentina desaparición?

Decir simplemente que se lo había pensado mejor sonaría... un

póco infantil, ¿no? El podría pensar que sólo había querido tomarle el pelo.

También podría decirle que una chica en el lavabo le advirtió que era un hombre casado…

Eso salvaría su orgullo y su reputación, pero difícilmente la de Marshall.

El problema era que, estando casado, le había pedido que se fuera a un hotel con él.

Recordar ese momento provocó un escalofrío que la recorrió de arriba abajo. La atracción salvaje, el deseo que había despertado en ella un completo extraño…

No había salida, excepto la puerta.

—Será mejor que me vaya ahora mismo —consiguió decir—. Devuélveme mi carpeta y me iré.

Capítulo 6

Kane raramente tenía miedo, pero lo tenía en aquel momento. Aquella chica iba a plantarlo... ¡otra vez!

No podía permitírselo después de haberla encontrado. La idea de no volver a verla le había perseguido durante todo el fin de semana.

Por supuesto, le gustaría saber por qué lo había plantado en el bar. La única razón que se le ocurría era que se lanzó demasiado rápido.

Pero ahora no sabía qué pensar.

Sin embargo, nada había cambiado desde el viernes por la noche. Ver aquellos ojos increíbles lo devolvía a la pista de baile, consumido por el deseo de llevarla a la cama.

¿A la cama? Esa idea lo hizo reír. La cama estaba muy lejos. La pasión que provocaba en él esa mujer demandaba algo mucho más rápido: una pared, el suelo, incluso el escritorio.

Kane tragó saliva. Se estaba volviendo loco. Y volvería a perderla si ella adivinaba lo que estaba pensando.

—Lo del viernes no tiene importancia alguna —le dijo, con asombrosa compostura—. Ahora estamos hablando de trabajo. Aunque quizá deberíamos quitarnos de en medio el pasado... ¿te importaría sentarte y decirme por qué te fuiste?

Ella no se movió. Kane intentaba no mirarla de arriba abajo, pero era una mujer magnífica. Y tan sexy con esos vaqueros que era un crimen.

—¿Para qué? —preguntó Jessie entonces—. No puedo trabajar para ti. Supongo que estarás de acuerdo.

No lo estaba, pero quizá ella temía que la acosara. Y quizá con razón, a juzgar por cómo la deseaba en aquel momento. Pero podía controlarse cuando era necesario. Lo último que deseaba era asustarla. Hacía mucho tiempo que no sentía por una mujer lo que había sentido por ella el viernes por la noche. En realidad, no recordaba haber sentido nunca lo que sintió el viernes.

Normalmente, podía controlar sus instintos, analizar la situación, usar el juicio crítico para saber si el objeto de su deseo era o no una pérdida de tiempo.

Pero no había sido así en aquella ocasión.

Quizá por eso lo había obsesionado durante todo el fin de semana. No sabía nada sobre ella, excepto que había ido sola a un bar, vestida para matar. Y ésa no era una gran recomendación.

Y, aun así, seguía deseándola como un loco.

Pero no pensaba dejarla escapar por segunda vez. Quería

experimentar la magia que había sentido en sus brazos una vez más. Y sería una pena que no lo llevara a ninguna parte. Estaba harto de pensar en el futuro, de planearlo todo. Había olvidado lo interesante que era actuar de forma impulsiva y su vida empezaba a convertirse en un aburrimiento.

Deseaba a aquella mujer e iba a tenerla, fuera buena para él o no.

—Pero, en realidad, no trabajarás para mí —le dijo—. Trabajarás para Harry Wilde. Yo sólo estaré aquí durante el mes de diciembre. Después, cualquier relación profesional entre nosotros habrá terminado.

Ella seguía mirándolo con expresión recelosa... ¿Por qué? Le gustaba, pensó entonces. El viernes había sentido lo mismo que él... hasta que fue al lavabo.

Y Kane se quedó helado cuando no volvió a aparecer.

—¿Qué pasó el viernes? ¿Por qué cambiaste de opinión?

—Pues...

Colorada hasta la raíz del pelo resultaba encantadora. Quizá no era una calentona como había pensado. Ni una chica alegre, de las que van de bares los fines de semana buscando una diversión barata.

—No es un delito cambiar de opinión, Jessie. Aunque a él se lo pareció el viernes. Se puso furioso al ver que no aparecía.

—No cambié de opinión —dijo ella entonces.

—¿Entonces?

Jessie decidió que tenía que encontrar una explicación o parecería una tonta.

—Una chica... en el lavabo, me dijo que estabas casado —contestó a toda velocidad—. Yo... no me acuesto con hombres casados.

Sin duda, la excusa lo había sorprendido porque parpadeó un par de veces. Y luego hizo una cosa extrañísima.

Sonrió.

—Casado —murmuró, con una risita—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Casado! —repitió, soltando una carcajada.

—A mí no me hace ninguna gracia —le espetó Jessie. Mucha gente joven se tomaba el estado civil a broma, pero ella no.

—Ah, pero es que tiene mucha gracia. Yo no estoy casado —dijo Kane entonces—. El que está casado es mi hermano. Mi hermano gemelo. Somos gemelos idénticos. Lleva algún tiempo yendo a ese bar, así que es comprensible que una chica lo haya confundido conmigo.

Jessie abrió la boca y la volvió a cerrar. El hombre con el que había tonteado, el hombre al que había deseado con todas sus fuerzas el viernes por la noche, no era el hombre que Jack Keegan le había marcado como objetivo.

Aunque la revelación era asombrosa, explicaba las pequeñas diferencias: el corte de pelo, el color de los ojos… y su personalidad. El hombre de la fotografía parecía más suave.

Y no había nada suave en Kane Marshall.

Entonces se dio cuenta de algo, mucho más importante: Kane Marshall era soltero. Y disponible. No había ninguna razón para no decirle que sí, si le pedía que saliera con él.

Y lo haría. Podía verlo en sus ojos.

Un cosquilleo ¿o era un escalofrío? recorrió su espalda. Y ella que había decidido no complicarse la vida con un hombre…

Por supuesto, no había anticipado que sería ese hombre. Kane Marshall era completamente diferente.

—Entonces, ¿no estás casado?

—No. Me divorcié hace unos meses.

Esa noticia no la emocionó. No sabía por qué. Quizá porque sabía que los hombres recién divorciados sólo buscaban una cosa. Era como si, después de haberse separado de sus mujeres, sólo tuvieran sexo en la cabeza. Había conocido a muchos en el restaurante y, normalmente, le daba asco cómo la miraban, como si fuera un trozo de carne.

¿Era eso lo que Kane Marshall había pensado el viernes por la noche, que era un trozo de carne? Había ido sola al bar… ¿Por qué iría una chica sola a un bar más que para conocer a un hombre? Y la única excusa que le había dado para no irse con él era que lo creía un hombre casado.

Ahora que sabía que no lo era, debía pensar que se acostaría con él a la primera oportunidad.

—No estoy casado, no tengo hijos y no tengo novia. Para que no haya más malentendidos.

Jessie parpadeó. Eso era poner las cartas sobre la mesa. ¡Sólo faltaba que le dijera que no tenía ninguna enfermedad contagiosa!

—¿Ahora quieres trabajar aquí?

—¿Me estás ofreciendo el puesto?

—Claro que sí.

—¡Pero si ni siquiera has mirado mi carpeta de trabajo!

—No hace falta. Confío en el criterio de Karen. Ella tiene más experiencia que yo en este campo. Sólo quería verte en persona, para ver si tenías el estilo y la presencia que Harry exige de sus empleados.

Jessie arrugó el ceño. «En persona». Quizá no le ofrecía el trabajo por su talento creativo, sino porque quería verla más «de cerca».

Pero si era sincera consigo misma, ella quería lo mismo. Cada vez que la miraba, y la miraba todo el tiempo, no podía pensar más que en estar entre sus brazos otra vez.

¿No había llegado a la conclusión de que necesitaba a un hombre en su vida? ¿Un novio, un amante? ¿Por qué no Kane Marshall? No estaba casado y era un hombre tremendamente interesante. Sería una locura luchar contra una atracción tan fuerte como aquélla.

—Aunque te estuviera comparando con la otra candidata, estaría muy contento de ofrecerte el puesto —siguió él—. Si sigues interesada, claro está.

Jessie sospechaba que le estaba preguntando si seguía interesada en él, además del trabajo.

—Sí, claro que sí —contestó. Sería hipócrita decir otra cosa.

—Muy bien —sonrió Kane.

Era muy listo. E increíblemente seguro de sí mismo.

La excitaba y la ponía nerviosa a la vez. Una extraña combinación. Siempre le habían atraído los hombres fuertes, pero Kane Marshall representaba algo más que fuerza física. Tenía un carisma excepcional y un magnetismo turbador. Su mirada de acero tenía la capacidad de robarle la fuerza de voluntad, pero era su sonrisa lo que más daño podía hacer. Sospechaba que, si se convertían en amantes, podría obligarla a «hacer» cosas. Cosas salvajes. Cosas perversas.

Ese pensamiento envió un escalofrío erótico por su espalda. De repente, se le doblaron las rodillas.

—Yo... será mejor que me siente.

Cuando levantó la cabeza, después de cruzar las piernas primorosamente, él estaba mirando su currículum.

—Veo que eres madre soltera.

Jessie levantó la barbilla.

—¿Algún problema?

—En absoluto. Admiro a una mujer que puede hacerse cargo de un hijo sin contar con nadie.

—¿Quiero decir si es un problema para ocupar el puesto de trabajo?

—No tiene por qué serlo. Tu hija va a una guardería, ¿no?

—Así es. Pero algún día podría tener que quedarme en casa, si está enferma. O si ocurre alguna emergencia.

—Las condiciones laborales en Ideas Bárbaras son muy flexibles. Lo único que se exige es que el trabajo esté hecho y que se acuda a las reuniones. Tu jefa también tiene una hija y está esperando otro, así que supongo que será comprensiva. Y hablando de Michele, lo mejor será que te la presente. Llamó antes para decir que necesitaba a alguien en el ordenador de inmediato.

—¿Quieres que empiece ahora mismo? —preguntó Jessie.

El levantó una ceja.

—¿Alguna razón para no hacerlo?
—No, supongo que no. Pero tendré que llamar a la guardería para decirles que iré un poco más tarde a recoger a Emily.
—¿Eso es un problema?
—No, pero... no sé a qué hora salen los trenes... tengo que ir a buscarla antes de las seis.
—¿No tienes coche?
—No —contestó Jessie—. No puedo permitírmelo.
—Pues ahora podrás. Tu salario es de sesenta y cinco mil dólares al año.
Jessie se quedó sin aire en los pulmones.
—Lo dirás de broma. ¿Sesenta y cinco mil dólares al año?
Antes de tener a Emily sólo ganaba cuarenta mil.
—Tu salario será revisado una vez al año, con posibles aumentos dependiendo de los resultados.
—Pero eso es increíble.
—No te preocupes. Tendrás que demostrar lo que vales.
—Lo haré.
Sus ojos se encontraron una vez más y Jessie se preguntó si, de nuevo, la conversación tenía un doble sentido. Esperaba que no. No quería pensar que, bajo esa impresionante fachada, Kane Marshall no era más que otro aprovechado.
—Podrías alquilar un coche. Curtis siempre dice que alquilar es la opción más sensata en los negocios. Mi hermano es contable.
Jessie ya lo sabía, aunque no podía decírselo. ¿En qué trabajaría Kane Marshall? Karen le había dicho que era un buen director y un buen motivador. Pero, ¿para qué empresa?
—Sólo tienes que decirme qué clase de coche quieres.
—Yo... la verdad es que no lo sé. Tengo que pensármelo.
—Si me dices el modelo por la mañana, podría estar listo por la tarde. Mientras tanto, no me importa llevarte a casa.
Jessie lo miró. Desde luego, no perdía el tiempo.
—No hace falta. Puedo llamar alguien para que vaya a buscar a Emily.
—¿Un amigo?
La pregunta parecía sin importancia, pero había curiosidad en sus ojos. Era una locura pensar que estaba celoso, pero tenía la impresión de que así era.
—No —contestó Jessie—. Es una señora mayor, mi casera. Y también una buena amiga.
—No me importa llevarte a casa. Además, me gustaría tener la oportunidad de hablar contigo fuera de la oficina.

—Muy bien —asintió ella, un poco incómoda—. Gracias.

—De nada —sonrió Kane.

Jessie contuvo un suspiro. Era guapísimo. ¿Cómo iba a decirle que no?

Pero no quería que pensara que era presa fácil.

Ella sabía lo que muchos hombres pensaban de las madres solteras. Las consideraban desesperadas. Desesperadas por tener compañía, por encontrar a un hombre que pudiera ofrecerles la seguridad económica que, evidentemente, no les había ofrecido el padre de su hijo.

Pero ella no era así. Ella siempre se había enorgullecido de ser autosuficiente. Después de Lyall, no había querido apoyarse en un hombre para nada. Ni siquiera para el sexo.

Hasta que conoció a Kane Marshall.

Ahora no dejaba de pensar en él. Y estaba deseando que la llevara a casa. Se le puso piel de gallina sólo de pensarlo.

Cuando debería estar concentrándose en el magnífico puesto de trabajo que acababa de ofrecerle...

—Ahora que ya está decidido, debería empezar a trabajar, ¿no crees?

El se levantó despacio, abotonándose la chaqueta.

Era un hombre alto, fuerte, con unos hombros anchísimos.

Desnudo sería impresionante.

Jessie contuvo un suspiro. Estaba metida en un lío, en un buen lío.

—Por aquí —dijo Kane, señalando la puerta.

Afortunadamente, no la tocó. Pero su mirada la ponía nerviosa.

No era totalmente diferente a los otros divorciados que la perseguían en el restaurante, pensó. La diferencia estaba en ella. Los otros no la hacían temblar con una mirada, no la hacían olvidar los consejos de su madre sobre los hombres.

No, eso no era verdad. No había olvidado los consejos de su madre. Sabía lo que Kane Marshall quería.

La diferencia era que ella quería exactamente lo mismo.

Capítulo 7

Jessie no podía creer lo rápido que había pasado el día y lo amable que era todo el mundo con ella en Ideas Bárbaras, especialmente su jefa.

De unos treinta años, Michelle era una morena atractiva, casada, con una niña de tres años y otro en camino. Era una persona amable y, a la vez, eficiente y muy precisa con las instrucciones. Sabía lo que quería y esperaba que las cosas se hicieran a su manera.

Jessie estaba acostumbrada a eso. En Jackson & Phelps la habían entrenado bien.

Pero prefería Ideas Bárbaras porque había un ambiente de trabajo muy agradable. Eran pocos empleados, unos veinte, y casi todos asomaron la cabeza en su despacho para saludarla.

Bueno, llamarlo «despacho» no era del todo apropiado. Más bien, un cubículo. La sala de trabajo de Ideas Bárbaras era un espacio abierto separado por paneles. El de Michelle era grande pero nada elegante, con muebles de pino, sin moqueta, sin puerta, con una ventana que daba a la calle.

Aun así, era una zona limpia y funcional, con ordenadores de última generación. A Jessie le encantó trabajar con un Macintosh G5, mucho más rápido que su Imac.

Afortunadamente, porque su predecesor había dejado las cosas patas arriba. Tenía tanto trabajo que, cuando llegó la hora del almuerzo, decidió comer un sándwich en su mesa. Margaret, la recepcionista, le llevó un café.

«Seremos buenas amigas», pensó Jessie.

Sólo pudo descansar un poco después de comer y aprovechó para hacer tres llamadas. La primera, al restaurante, para decir que dejaba su trabajo. Afortunadamente, no le pusieron ninguna pega. La segunda, a la guardería para avisar de que llegaría tarde. Como esperaba, a Emily le dio lo mismo... ¡niña traidora! La tercera, a Dora, que se puso a dar saltos de alegría cuando le dijo que había conseguido el trabajo.

Desgraciadamente, no pudo contarle nada sobre el fiasco de los hermanos Marshall porque Michelle estaba a su lado.

En realidad, le gustaba trabajar cerca de Michelle. Aparentemente, en Ideas Bárbaras cada director creativo trabajaba con un diseñador gráfico a su lado, como una especie de ayudante personal. Y, en su opinión, ésa era la mejor manera de entrenar a futuros directores creativos. Ahora entendía que Harry Wilde nunca hubiese tenido que

contratarlos en otras agencias. No le hacía falta.

—Hora de irse, chicas. Son las cinco.

Jessie giró la cabeza al oír la voz de Kane. Estaba apoyado en el panel y tuvo la impresión de que llevaba ahí un rato. Le sorprendía haber podido apartarlo de sus pensamientos durante casi todo el día. Pero, en cuanto sus ojos se encontraron de nuevo, volvió a sentir un escalofrío.

Lo deseaba igual que lo había deseado el viernes por la noche, pero ahora el deseo iba acompañado de miedo y preocupación.

Su vida desde que Emily nació había sido tan sencilla... Quizá un poco aburrida y sí, solitaria a veces. Pero sin estrés.

Si mantenía una relación con Kane Marshall, aunque fuera una relación fortuita, él empezaría a hacer demandas sobre su tiempo. Y, como madre soltera con un trabajo de nueve a cinco, Jessie sabía que no tendría mucho tiempo libre.

—¿Qué tal nuestra nueva chica, Michelle?

—Estupenda —contestó ella—. Es muy buena en su trabajo. Y sospecho que será muy buena en el mío también. Algún día —añadió, haciéndole un guiño.

Jessie no sabía qué decir como respuesta a tantos halagos, de modo que se quedó callada.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Kane entonces—. A esta hora hay mucho tráfico. Voy a llevarla a casa —le explicó a Michelle—. Tiene que ir a buscar a su hija a la guardería y no sabe si llegará a tiempo.

—Sí, ya me ha contado que vas a rescatarla —sonrió Michelle—. Bueno, pues adiós. Y gracias por todo. Nos vemos mañana a las ocho y media.

—¿Ocho y media? —repitió Kane—. Pensé que el horario era de nueve a cinco.

—Jessie y yo hemos decidido que nos viene mejor de ocho y media a cuatro y media. Las guarderías abren a las ocho y así tenemos más tiempo para estar con las niñas por la tarde.

—Ah, muy bien —se encogió él de hombros.

Ese gesto le recordó a Jessie que los hombres como Kane Marshall no tenían hijos de los que preocuparse. Sólo se preocupaban por sí mismos.

Los hombres hacían eso muy bien, se recordó a sí misma. «Así que no pienses que va a llevarte a casa por solidaridad. Te lleva a casa porque quiere ligar contigo».

Le sorprendió que ese pensamiento no le pareciera mal. Quizá no debería haber estado sola tanto tiempo, se dijo. Conteniendo un

suspiro, Jessie apagó el ordenador, tomó el bolso y se levantó.

—Adiós, Michelle. Gracias por ser tan amable conmigo. Hasta mañana.

—Es una chica encantadora, ¿verdad? —sonrió Kane mientras bajaban en el ascensor.

—Sí, mucho —asintió ella—. Y muy buena en su trabajo.

—Harry no contrata a nadie que no lo sea.

—Espero que no se lleve una desilusión conmigo.

—Estoy seguro de que no será así. Por aquí —murmuró Kane, cuando las puertas se abrieron. Estaban solos en el garaje, pero no la tocó, no se acercó siquiera—. Es éste —dijo, deteniéndose ante un elegante coche plateado.

El interior era de cuero gris y olía a nuevo. Jessie no sabía qué modelo era y no pensaba preguntar. Ella no sabía nada de coches. Lo cual le recordó…

—Por cierto, no voy a alquilar un coche todavía.

—¿Por qué no?

—Antes de lanzarme de cabeza, me gusta pensar las cosas bien.

—¿Eso es una costumbre, un hecho o una advertencia para mí?

—¿Necesitas una advertencia?

Kane arrancó y salió del garaje sin decir nada. Y siguió en silencio hasta que tuvo que detenerse en un semáforo.

—Mira, dejémonos de jueguecitos —le espetó, volviéndose para mirarla—. Fuiste al bar la otra noche buscando compañía masculina. Si no te hubieran dicho que yo era un hombre casado, te habrías acostado conmigo.

Jessie decidió que había llegado el momento de decir la verdad. No tenía por costumbre ir a bares a ligar con extraños.

—Nadie me dijo que estuvieras casado —le confesó, levantando la barbilla—. Me lo he inventado.

—¿Qué? Primero dices… ¡bah, vete al infierno! —exclamó él, mientras arrancaba de nuevo.

—¡Conduce y escucha! —le espetó Jessie, con el tono que usaba para meter a Emily en la cama cuando se ponía revoltosa.

Kane obedeció, sorprendido por el tono autoritario. Su silencio le dio la oportunidad de contarle la verdad, empezando por su trabajo como señuelo para una agencia de detectives porque necesitaba el dinero. Le contó que odiaba ese trabajo y lo había dejado, pero que tuvo que hacerlo por última vez para poder comprarle a Emily un buen regalo de Navidad.

Kane la miró, incrédulo, cuando le contó no sólo que nunca había estado en El Sótano sino que nunca iba sola a un bar. Y estuvo a punto

de meterse en el carril contrario cuando le dijo quién era su objetivo. Incluso le contó que le había dado a Jack un informe positivo porque le vio rechazar a la rubia.

—Por supuesto, entonces no sabía que tú no eras Curtis.

Kane se quedó sin palabras durante unos segundos.

—Muchas gracias por no destrozar el matrimonio de mi hermano. ¿Por que lo hiciste, te sentías culpable?

—¿Culpable? ¿Por qué?

—A ver, guapa, seamos serios. Si yo hubiera sido un pobre hombre casado y aburrido y tú hubieras entrado en el bar con ese cuerpazo tampoco habría sido capaz de resistirme.

—No exageres, no es para tanto.

—Créeme, sí lo es. Y eres una buena actriz, además. Yo habría jurado que te gustaba, que de verdad querías hacer el amor conmigo.

Podía decirle que no era así... o tomar una salida más fácil.

—Te encontraba atractivo, es verdad —admitió, poniéndose colorada—. Pero no me habría ido al hotel contigo. No me acuesto con extraños.

Esa era su historia y no pensaba contar nada más.

—Yo tampoco sabía tu nombre, pero me daba exactamente igual.

—Sí, bueno, tú eres un hombre. Eres de una especie completamente diferente. Las mujeres somos, en general, un poquito más selectivas.

—No todas las mujeres.

Posiblemente estaba acordándose de la rubia.

—Sí, es verdad. Y también sé que las madres solteras tienen cierta reputación de ser... digamos, presa fácil. No quiero que cometas ese error si estás pensando pedirme que salga contigo. Y supongo que así es. Si no, ¿por qué me llevas a casa?

Kane se volvió de nuevo para mirarla.

—Parece que me tienes pillado. ¿Qué puedo decir? Sí, me gustaría salir contigo. Y sí, hasta ahora, mis intenciones no eran del todo honorables.

—¿Y ahora?

—Sigo queriendo acostarme contigo. Pero también me gustaría conocerte fuera de la cama. Eres una mujer muy interesante, Jessie Denton.

Ella, cortada, miró su reloj para disimular. Eran casi las cinco y media y estaban todavía en Chatswood. Habría ido mucho más rápido en el tren.

—Entonces, ¿quieres salir conmigo? —insistió Kane.

Jessie no volvió la cabeza. Sabía que la estaba mirando, pero...

esos ojos suyos la afectaban tanto como su sonrisa.

—Quizá —contestó.

—¿Cuándo?

—No me metas prisa, Kane.

Kane. Lo había llamado Kane.

—¿Qué tal el viernes por la noche? Supongo que el viernes pasado dejaste a tu hija con alguien,

¿No? Podríamos salir a cenar y luego a tomar una copa, o lo que quieras. Al cine, al teatro. Lo que te apetezca.

Acostarse con él estaría bien, pensó, sorprendiéndose a sí misma. Pero su orgullo era más importante.

—No sé si podré. Además, sigo sin saber nada de ti. Al menos, tú has leído mi currículum. Yo ni siquiera sé qué haces o por qué te ha encargado Harry Wilde que cuides de su negocio mientras está de viaje.

—Encontrarás la respuesta a esas preguntas sobre tu escritorio, mañana por la mañana. Es más fácil que intentar explicarte a qué me dedico. Tardaríamos toda la noche.

Jessie parpadeó. Eso sí era interesante.

—Muy bien, pero no sé nada de ti. Has dicho que estabas divorciado... ¿cuánto tiempo estuviste casado y por qué te divorciaste?

—Estuve casado tres años y fui yo quien pidió el divorcio.

—¿Por qué? ¿Tu mujer te engañaba?

La idea le parecía ridícula. Si Kane fuera su marido, nunca miraría a otro hombre.

—No que yo sepa —contestó él—. Natalie y yo teníamos diferencias de opinión sobre el asunto de los hijos. Deberíamos haberlo hablado antes de casamos, supongo, pero... ¿has visto a ese tío que se me ha puesto en medio? Con un cuatro por cuatro, claro —exclamó Kane, enfadado—. Son peor que los camioneros. ¿Por qué una persona sensata necesita un tanque para conducir en la ciudad? Yo no lo entiendo... ¿Por dónde iba? Ah, sí, mi divorcio. Mira, me di cuenta de que no podía hacerla cambiar de opinión sobre los niños, así que decidí cortar por lo sano. Fue una separación muy civilizada, en realidad. Seguimos siendo amigos.

Jessie intentó disimular su decepción. Kane Marshall no quería tener hijos. Muy bien. Era una buena advertencia.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás con el padre de tu hija?

Le podría haber contado la versión larga, pero decidió que seguramente no estaría interesado.

—Murió en un accidente. Antes de que naciera Emily.

—Ah, lo siento, de verdad. Espero que su familia te apoyase.

—Nunca les dije que estaba embarazada. Lyall no se llevaba bien con sus padres y, francamente, por lo que me había contado, a mí no me gustaban mucho. Además, viven en Nueva Zelanda.

—¿Y tus padres?

Jessie hizo una mueca.

—Mi madre también fue madre soltera, pero en sus tiempos era mucho peor. Es irlandesa y católica... en fin, se mudó a Australia cuando yo era muy pequeña, pero para entonces ya era una mujer amargada.

—¿Sigue viviendo aquí?

—No, hace un par de años volvió a Irlanda. Se llevó un disgusto cuando supo que yo estaba embarazada, me dijo que estaba loca. Pero te aseguro que somos muy diferentes.

—No lo dudo. Tú tienes mucha personalidad, Jessie Denton. Eres muy valiente.

—¿Valiente? No lo creo —suspiró Jessie—. La verdad es que pasé mucho miedo. Por no hablar de la depresión. No una depresión posparto, sino preparto. Pero no podría haber hecho otra cosa. Emily es mi niña y, aparte de los problemas económicos, ha sido una experiencia increíble. No la cambiaría por nada del mundo. Además, ahora tengo un trabajo decente y se acabaron los problemas de dinero.

Recalcó eso porque no quería que pensara que necesitaba ayuda de ningún hombre.

—He leído en tu currículum que has trabajado de camarera. ¿Qué tal?

Ella se encogió de hombros.

—Ya te puedes imaginar. Pero es lo único que encontré, además del trabajo con Jack Keegan. ¿Tú sabes lo que cuesta una muñeca Felicity?

—Pues sí, la verdad es que sí lo sé. Tengo que regalarle una a mi sobrina. Podríamos ir juntos de compras.

Jessie sonrió.

—¿Piensas seducirme en la sección de muñecos de peluche? ¿Qué quieres, ahorrarte una cena?

Kane soltó una carcajada.

—No creo que un hombre tacaño pudiera seducirte, Jessie.

—Uno lo hizo. Y el resultado es Emily.

—¿Y vas a castigarme a mí por eso?

—Digamos que ahora tengo más cuidado. Además, no has tenido suerte. Dora compró la muñeca el sábado, así que tendrás que comprar la muñeca Felicity tú solito. Un consejo, por cierto, hazlo

pronto o te quedarás sin ella.

—Lo haré —sonrió Kane—. Estamos llegando a Roseville, por cierto.

Jessie miró de nuevo su reloj.

—Vamos a llegar justo a tiempo.

—¿Y si llegas tarde qué pasa?

—Que te ponen una multa por cada cuarto de hora.

—¿Y si ha habido un accidente y estás retenida en un atasco?

—Por eso pienso tomar el tren a partir de ahora.

Pero así te harás una idea de lo estresante que es ser madre soltera. No tengo mucho tiempo libre.

Gira ahí, en esa calle. Es una casa pintada de azul.

No tiene pérdida.

—¿Trabajarías si no tuvieras que hacerlo? —preguntó él, mientras doblaba la esquina.

—No tengo que trabajar. Podría quedarme en casa cobrando el subsidio. Pero no creo que ése sea un buen ejemplo para Emily. Yo creo que si uno puede trabajar, debe hacerlo. Además, me gusta tener dinero. El subsidio es un asco, te lo aseguro.

—¿Y si estuvieras casada y tu marido ganase mucho dinero? ¿Trabajarías entonces?

Jessie sonrió.

—Yo no suelo fantasear, Kane.

—Estaba pensando en la mujer de mi hermano, Lisa. No trabaja y yo pensé que era feliz, pero por lo visto no es así. Le aconsejé que contratara a una niñera y fuese al gimnasio, pero tengo la impresión de que eso no es más que una solución temporal. Creo que necesita algo más.

—Debería buscar una buena guardería y ponerse a trabajar, aunque sea a tiempo parcial. O hacer trabajo voluntario. Seguramente necesita la compañía de un adulto. Y algún reto, además de ser madre y esposa.

—Sí, es un buen consejo —suspiró Kane—. Ah, ahí está la casita azul. Y faltan dos minutos para las seis. ¡Lo hemos logrado!

—Afortunadamente —dijo ella, saliendo del coche—. Muchas gracias, Kane. Por favor, no me esperes. Mi casa está a diez minutos de aquí. Hasta mañana.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta y entró corriendo en la guardería.

Kane se quedó mirándola, con una sonrisa en los labios.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente, cariño.

Después de quitar la llave del contacto, salió del coche, se cruzó de

brazos y esperó pacientemente el retorno de Jessie.

Capítulo 8

Salió cinco minutos después, llevando de la mano a un diminuto doble de sí misma: rizado pelo oscuro, piel clara, barbilla cuadrada.

La expresión de Jessie al verlo fue una mezcla de sorpresa e irritación. Pero en los ojos de su hija había curiosidad.

—Emily, te presento al señor Marshall.

—¿Eres el jefe de mi mamá? ¿El que la ha hecho llegar tarde? —preguntó la niña, muy seria.

—Sí, soy yo. Pero voy a compensarte llevándoos a casa y pidiendo luego un par de pizzas para que tu mamá no tenga que cocinar —sonrió él, abriendo la puerta del coche. Cuando levantó la mirada para ver cuál era la reacción de Jessie, ella estaba sonriendo—. ¿Algún problema, Emily? —preguntó, al ver que la niña vacilaba.

—Mi mamá no me deja subir a un coche que no tiene sillita de seguridad. Y no me deja comer pizza. Dice que es comida basura.

—Ah, ya veo. Mi gozo en un pozo —suspiró Kane—. Bueno, pues iremos andando. Luego volveré por el coche mientras tu mamá y tú decidís qué se puede cenar.

—Los lunes siempre cenamos con Dora —contestó la diminuta fuente de información—. Y hoy es lunes, ¿verdad, mami?

—Sí, cariño —contestó su madre, con gran satisfacción—. Jaque mate, me temo.

Kane apretó los dientes. No iba a salirse con la suya.

—El ajedrez es sólo un juego, esto es la guerra. Reconsideraré mis tácticas mientras vamos a tu casa.

Luego activó la alarma del coche y se volvió hacia el enemigo con una de sus sonrisas.

—¿Puedo llevar tu mochila, jovencita?

—La llevo yo, muchas gracias —contestó la niña. Aunque fue necesaria la ayuda de su madre para colocársela a la espalda.

—¿Una pequeña feminista?

—No. Un espíritu independiente. Hay que serlo para sobrevivir —contestó Jessie.

—Podrías tener razón.

—Sí, suelo tenerla —replicó ella, irónica.

—Muy bien, ¿qué tal si tú llevas la mochila y yo te llevo a ti? —sin esperar la siguiente objeción, Kane se colocó a la niña sobre los hombros, una pierna a cada lado de la cabeza—. Enreda los brazos en mi cuello, yo te sujetaré los pies.

—¡Mami, mira qué alta!

Pero cuando agarró los pies de la niña, una ducha de arena cayó sobre su traje.

—¿Qué demonios...?

—Le gusta jugar en la arena.

—Ah, ya.

Kane, cuando llegaban al porche—. O te darás un golpe con el tejado. Ahora eres muy alta.

La mirada de adoración de su hija hacía que Jessie deseara liarse a golpes con Kane.

Porque estaba usando a Emily para llegar a ella. Y eso era una canallada.

Pero no iba a funcionar. No pensaba acostarse con él, por mucho que lo hubiera deseado mientras estaba quitando la arena de su traje. Aquel hombre tenía un cuerpazo. Debía hacer mucho ejercicio...

Dora debió oírlos llegar porque salió a la puerta antes de que tocasen el timbre. Y Jessie tuvo que reír al ver su expresión de sorpresa.

—Es el señor Marshall, el nuevo jefe de mi mamá —explicó Emily —. Pero le gusta que lo llamen Kane. Quería traernos a casa, pero corno no tiene sillita para niños mi mamá dijo que no. Pero tiene un coche muy bonito. Y muy brillante. Después de Navidad va a llevarme a montar a caballo. Para entonces tendrá una sillita de niños. Quería comprar pizza, pero mi mamá dice que no. ¿Puede cenar con nosotros, Dora? Tú siempre haces mucha comida. Mi mamá lo dijo el otro lunes.

Dora soltó una carcajada. Estaba acostumbrada a aquella pequeña dinamo. Kane parecía encantado y eso confundió a Jessie. ¿Sería un buen actor o de verdad le gustaba su hija?

Siendo un hombre que no quería tener hijos, parecía demasiado paciente, demasiado amable con los hijos de otros.

«Porque quiere acostarse contigo», pensó. No sabía si sentirse halagada o furiosa.

—Tendré que poner unas patatas más, hoy he hecho cordero asado. ¿Le gusta el cordero asado, señor Marshall?

—Me gusta mucho. Pero llámeme Kane, por favor.

—Muy bien, Kane. Pero yo pensé... —Dora no terminó la frase.

—¿Te puedes creer que Kane tiene un hermano gemelo, Dora? —la interrumpió Jessie a toda prisa—. Un gemelo idéntico. Su hermano está casado, pero él es soltero.

—¿Ah, sí? Qué cosas.

—Sí, qué cosas.

—Yo no tengo hermanos —suspiró Emily—. Porque mi papá se murió.

—Sí, tu mamá me lo ha contado —dijo Kane, poniéndose en cuclillas—. Es muy triste, pero seguro que algún día tienes un nuevo papá porque tu madre es una señora muy guapa. ¿Te gustaría tener un nuevo papá?

Antes de que Emily pudiera contestar, Jessie la tomó en brazos.

—Bueno, ya está bien de charla. Tenemos que bañarte antes de cenar. ¿Por qué no te quedas charlando con Dora, Kane? Invítale a un jerez, así no se meterá en líos.

—No puedo beber, tengo que conducir —sonrió él—. Pero seguro que podemos encontrar un tema de conversación interesante —añadió, irónico.

Dora y ella habían tenido muchas conversaciones y, siendo mujeres, solían decir la verdad sobre sí mismas. Un interrogador inteligente podría averiguar todo lo que quisiera...

Jessie sospechaba que había cometido un error táctico.

Pero ya era demasiado tarde.

Se consoló a sí misma pensando que, descubriera lo que descubriera, ella tenía fuerza de voluntad. No podía obligarla a hacer algo que no quería hacer.

El problema era que, en el fondo, en ese lugar escondido de mujer que llevaba cuatro años ignorando, empezaba a crecer el deseo de estar con un hombre.

La tentación sexual era una cosa terrible. Oscura y primitiva. Le apetecía tener el cuerpo de Kane dentro del suyo mucho más que el cordero asado.

Lo deseaba como nunca había deseado a Lyall.

«¿Y qué piensas hacer, Jessie?», se preguntó a sí misma mientras metía a Emily en la bañera.

—Me gusta Kane. Es majo —dijo la niña.

—Sí, es majo.

—¿Te gusta, mami?

—Yo... pues...

—Tú le gustas a él.

Jessie suspiro. No tenía sentido engañar a su hija. Si al final iba a salir con Kane...

—Sí —dijo por fin—. Creo que sí.

Emily se quedó callada, con esa expresión que tenía cuando quería esconderle algo.

—Emily Denton, ¿qué estás pensando?

—Nada.

—Dímelo.

—Estaba pensando en Navidad, mami. ¿Santa siempre te trae lo

que le pides?

Jessie suspiró. Afortunadamente, habían cambiado de tema.

—Si eres una niña buena, sí.

—Yo soy una niña buena.

Ella sonrió, abrazando a su hija.

—Sí lo eres. No tienes por qué preocuparte, cariño. El día de Navidad recibirás absolutamente todo lo que has pedido.

Capítulo 9

Debería haber imaginado que Kane encandilaría a Dora y a Emily. Era un seductor, desde luego. Cuando entraron en la cocina, con la niña recién bañada, tenía a Dora comiendo de su mano.

En cuanto a su hija... el propio Santa Claus no podría haberla emocionado más. Emily insistió en sentarse al lado de Kane, que la trataba como no la había tratado nadie. Como si fuera una princesita.

Pero la preocupación de Jessie por si su hija se encariñaba demasiado con un hombre que sólo iba a estar temporalmente en su vida desapareció cuando vio lo contenta que estaba. Cuando llegó la hora de irse a la cama, mucho más tarde de lo normal, Emily le suplicó a Kane que le leyese un cuento. Y lo hizo. Muy bien, además.

Naturalmente, cuando terminó el primer cuento, le pidió otro. Herencia familiar, pensó Jessie, las Denton siempre querían más.

Kane le leyó otro cuento. Y otro más hasta que, por fin, se quedó dormida.

—Ya puedes dejar de leer —murmuró Jessie desde la puerta, donde había estado observando.

Kane levantó la mirada.

—¿Qué? Pero tengo que descubrir si Willie Wombat encuentra a su padre —protestó, con un brillo burlón en los ojos y la más encantadora de las sonrisas.

Jessie apartó la mirada.

—Muy bien. Llévate a Willie Wombat al saloncito y termina el cuento mientras yo la arropo. Enseguida te acompaño a la puerta.

—¿No me invitas a un café?

—No. Es tarde y mañana tengo que ir a trabajar. Y tú también.

—Soy el jefe. Puedo llegar tarde.

—Pero yo no. Estoy a prueba durante tres meses.

—¿Quién ha dicho eso?

—Michelle. Aparentemente, es una regla de Harry Wilde. Si un nuevo empleado no lo hace bien durante los primeros tres meses, le dan la papeleta de despido.

—No sabía eso —murmuró Kane—. Pero, claro, Harry no esperaba que yo tuviera que contratar a nadie... ¿Lo de estar a prueba te preocupa?

—No, sé hacer mi trabajo. No hay problema.

—Estoy seguro de que no habrá ningún problema.

Kane se incorporó, mirando la camita que había al lado de la de Emily. Pero Jessie lo empujó hacia el saloncito. Se alegraba de

compartir habitación con su hija… y también de que su cama fuera individual. Eso eliminaba tentaciones.

—No te pongas demasiado cómodo —le advirtió, burlona—. Iré enseguida.

Kane no contestó, pero la miró de una forma…

No debería haber dicho nada. Durante la cena apenas había abierto la boca porque Dora y Emily se encargaron de animar la conversación. Y Kane, claro. Cuánto hablaba ese hombre.

El problema era que siempre contaba cosas interesantes. Y divertidas. Pero no había hablado de sí mismo. Estaba concentrado en Dora y en su hija.

Su casera debía haberle contado la historia de su vida mientras hacía la cena, desde su infancia hasta la muerte de su marido y luego los años cuidando de su madre. Incluso le había contado lo disgustada que estaba con su hermano por no haberla ayudado a cuidar de su madre, algo que ni siquiera le había contado a Jessie.

Emily le hizo una descripción, minuto a minuto, de lo que hacía en la guardería, deteniéndose de cuando en cuando para recibir una palabra de ánimo o de consuelo. Y Kane estaba muy atento.

Jessie sonrió mientras tapaba a su hija con el edredón. Menuda gamberrilla. Y una coquetuela, además, pestañeando como una muñeca mientras hablaba con Kane.

Jessie no había pestañeado ni una sola vez en toda la noche. Pero, a pesar de haber mantenido las distancias, seguía afectándola. Una sonrisa aquí, una miradita allá…

Ah, sí, la afectaba. La hacía desear cosas que no quería desear. No sólo sexo, más. Mucho más.

Era un demonio, tentándola, atormentándola. Sabía que debía resistirse, pero temía que fuera una batalla perdida. Lo único que podía hacer era salvar su orgullo no rindiéndose enseguida.

Jessie sospechaba que Kane Marshall siempre había ganado con demasiada facilidad. Le sentaría bien tener que esforzarse.

Se preguntó entonces cuántas mujeres habría habido en su vida desde que se divorció. Y, por supuesto, no pensaba contarle que él era el primer hombre al que había mirado desde Lyall…

—Ya está —dijo bruscamente, entrando en el Saloncito—, Vámonos.

Kane estaba sentado en el sofá, frente a la televisión. Se había quitado la chaqueta y la corbata y parecía muy cómodo. Como si estuviera en su casa.

Jessie sintió un escalofrío.

—Tienes una hija muy inteligente —dijo Kane, levantándose—. Y

encantadora, además.

—Al contrario que su madre, ¿no? —sonrió ella, cruzándose de brazos.

—Bueno, yo sospecho que la madre puede ser incluso más encantadora que la hija —contestó Kane, acercándose un poco más—. En las circunstancias adecuadas, claro.

—No me toques —le advirtió Jessie.

Kane dio un paso atrás, sorprendido.

—Te estás portando de una forma absurda, ¿no te parece?

—No pienso acostarme contigo estando mi hija en la habitación de al lado.

—Yo no había pensado acostarme contigo. Pero quizá un beso... o dos.

—Los hombres como tú no se contentan con un beso.

—¿Los hombres como yo? Sospecho que eso no es un halago. Ah, ya entiendo, me has colocado junto con los otros divorciados que buscan un trofeo. O quizá con los canallas de los que me has hablado antes, los que creen que una madre soltera es una mujer desesperada. ¿Tengo razón?

—Más o menos.

—Pues te equivocas. Yo no soy así.

—Eso dices tú —murmuró Jessie.

—No he estado con una mujer desde que me divorcié —suspiró Kane.

Ella parpadeó, sorprendida. Había pasado un año desde que se divorció. No era posible. Un hombre como él, tan guapo, tan viril. Las mujeres se le habrían echado encima.

—¿Por qué? ¿No te interesa el sexo?

Kane rió, bajito.

—Ya te gustaría.

—Pero...

—Después del fracaso de mi matrimonio me volví receloso y muy selectivo. No me apetecía darme un revolcón con una desconocida, quería una relación de verdad con una mujer inteligente que quisiera las mismas cosas que yo.

Una mujer soltera, interpretó Jessie. Una que le daría compañía y sexo, pero no esperaría que hiciera el tradicional papel de marido y padre de sus hijos.

Pero una madre soltera no podría aceptar eso. Al menos, de forma permanente.

—Y entonces, el viernes pasado, fue como si me golpeara un rayo —siguió Kane—. Apareciste tú y, de repente, me daba igual quién

fueras. Sólo quería acostarme contigo, estar contigo, hacerte el amor apasionadamente.

Jessie apartó la mirada para que no viera el mismo deseo en sus ojos, pero él la obligó a mirarlo.

—Tú también deseas eso —dijo en voz baja—. No lo niegues. He visto el deseo en tus ojos. Y el miedo. Crees que voy a hacerte daño. A ti y a Emily. Pero no lo haré, te lo prometo. Me arrancaría el corazón antes de hacerte daño. Tú eres muy especial... y tu hija también. Confía en mí, no soy una mala persona. Bésame, Jessie Denton.

Ella no lo besó. Porque Kane la besó antes, sin esperar mucho para abrir sus labios y explorarla con la lengua. El contacto fue eléctrico, como un incendio que la devoraba por dentro. Sin pensar, Jessie enredó los brazos alrededor de su cuello, apretándose contra él.

Oyó un gemido ronco por parte del hombre, un gemido que era una réplica del suyo. El deseo de un contacto más directo, más profundo, era enorme, pero no podían estar más cerca. Estaban pegados el uno al otro, boca a boca, pecho a pecho, muslo a muslo.

Si no llevase vaqueros... una falda se podía levantar, unas braguitas se podían apartar. Podrían hacerlo allí mismo, de pie. Nunca lo había hecho de pie, nunca había pensado hacerlo así.

Pero lo pensaba ahora y se le doblaban las rodillas. ¿Lo habría notado él? ¿Era por eso por lo que la apretaba contra la encimera de la cocina?

Jessie instintivamente separé las piernas para que Kane se restregase contra ella, la fricción exquisita. Pronto estuvo gimiendo de deseo... rendida completamente.

—¡Mamá!

El grito de su hija la devolvió a la realidad.

—Ay, Dios mío. Emily...

La madre que había en ella era más fuerte que la mujer, incluso la mujer lasciva a la que Kane la había reducido. Disgustada consigo misma, se aparté y corrió al dormitorio.

—¿Qué pasa, cariño?

—He tenido una pesadilla —sollozó la niña—. Había un oso muy grande en la habitación... y me daba miedo.

En las pesadillas de su hija a menudo había osos. ¿Por qué habría tantos osos en los cuentos para niños?

—En Australia no hay osos, cariño mío —le explicó, por enésima vez—. Excepto en el zoo, claro. Y no debes tenerles miedo.

—¿Kane sigue aquí?

—Sí. ¿Por qué?

—El no dejará que venga el oso —dijo la niña, convencida.

Jessie levantó los ojos al cielo.

—Bueno, pues entonces no tienes que preocuparte, ¿no? Duérmete, cielo —murmuré, acariciando el pelito de su hija.

Emily cerró los ojos y se quedó dormida en unos segundos.

Jessie envidiaba esa habilidad. A veces se quedaba dormida en cuanto ponía la cabeza sobre la almohada. Ella nunca había dormido bien porque siempre le daba vueltas a todo... Y esa noche iba a dar muchas vueltas.

Pero estaba claro que luchar contra sus sentimientos por Kane era tarea inútil. Y más bien ridícula. Eran dos adultos y se deseaban. Muy bien, seguramente ella quería más de lo que él estaba dispuesto a ofrecer, pero... ¿qué podía hacer?

Ella siempre había sido una persona decidida, al contrario que su madre, para quien todo era un problema irresoluble. Y le gustaba su vida. Lyall fue un error de juicio, sí, pero las consecuencias de ese error le habían dado múltiples alegrías.

Tener una relación con Kane Marshall seguramente no era muy sensato pero, al fin y al cabo, era humana.

Después de comprobar que Emily estaba dormida, Jessie volvió al saloncito, decidida a aclarar las cosas.

Le sorprendió encontrar a Kane poniéndose la chaqueta.

—Lo siento, Jessie —murmuré, guardando la corbata en el bolsillo —. No quería llegar tan lejos. En serio. Pero ejerces sobre mí un efecto... aterrador.

Jessie arrugó el ceño.

—¿Aterrador?

Kane sonrió.

—No estoy acostumbrado a perder la cabeza. Me enorgullezco de ser una persona pausada, que lo controla todo. No suelo dejar las cosas a medias... y me he quedado a medias.

—Ah, ya. ¿Podrías esperar hasta el viernes?

El la miró, sorprendido.

—¿Quieres decir lo que yo creo que quieres decir?

—Supongo que sí.

—Vaya. Eso es mucho mejor que leer cuentos —sonrió Kane.

—He decidido que tienes razón. Estaba portándome de una forma absurda. Pero quiero que entiendas que esto no puede ir a ningún sitio. Yo no soy la mujer que buscas, Kane. Tengo a Emily, para empezar. Y un trabajo. Podríamos ser amigos y... amantes a tiempo parcial.

Ya estaba. Lo había dicho. Se había hecho cargo de su vida.

Kane no dijo nada. Se quedó mirándola, en silencio.

—Muy bien. Si eso es lo que quieres —murmuró por fin.

Ojalá supiera lo que estaba pensando. Y planeando, pensó Jessie. Algo en su expresión le decía que sus planes eran muy diferentes de los suyos.

—Por cierto, el viernes no podré dormir contigo. Tenemos desde las siete hasta las doce. Dora no puede encargarse de Emily después de medianoche.

—Podría contratar a una niñera —sugirió él.

—No, de eso nada. O Dora o nadie.

—Muy bien. No pienso discutir. Pero creo que estás a punto de convertirte en una madre superprotectora.

—Piensa lo que quieras. No voy a cambiar.

—Ya lo sé —sonrió Kane—. Admiro a las mujeres que saben lo que quieren.

—Y yo admiro a los hombres que respetan los deseos de una mujer.

—Lo recordaré.

Sí, pero ¿durante cuánto tiempo?, se preguntó Jessie.

Hasta el viernes, naturalmente. Ese era el objetivo del juego: llevársela a la cama. Después, Kane podría no ser tan complaciente.

Pero cruzaría ese puente cuando llegase a él.

Hasta entonce iba a costarle mucho pensar en algo que no fuera el viernes por la noche.

Capítulo 10

Cuando llegó a la oficina por la mañana, encontró sobre su mesa un libro que llevaba por título Ganar en el trabajo.

—¿Esto es tuyo? —le preguntó a Michelle.

—No. Estaba ahí cuando llegué. Supongo que lo habrá dejado Kane para que le eches un vistazo.

Jessie parpadeó al ver la fotografía de Kane en la contraportada.

—¡El es el autor!

Michelle levantó la mirada, sorprendida.

—¿No sabías que el hombre que te llevó a casa ayer era Kane Marshall, el gurú de los profesionales de éxito?

—¡No! No lo conocía de nada.

—Algo me dice que eso va a cambiar —sonrió Michelle.

—¿El escribió este libro?

—Claro. Ha sido un best—seller en Estados Unidos. En Australia acaba de publicarse porque, ya sabes, aquí no somos tanto de libros de autoayuda, pero estamos en ello.

—¿Lo has leído?

—No.

Jessie leyó la biografía del autor. Kane tenía un currículum de varias páginas. Títulos universitarios en marketing y administración de empresas... un master en sicología. Aquél era su primer libro pero, aparentemente, era muy conocido en el mundo de los negocios por sus seminarios para resolver problemas profesionales. Era descrito por el autor de la biografía como un orador extraordinario, cuyos servicios como consultor eran contratados por las grandes multinacionales a precio de fábula.

Jessie suspiró. Si había albergado alguna esperanza con Kane, acababa de irse por la ventana.

—Pareces cansada —dijo Michelle—. ¿Te acostaste tarde?

—No, es que no he dormido bien.

—Ah, problemas amorosos.

—¿Qué?

—Cuando una madre no puede dormir, es por un problema amoroso. Y no hay que pensar mucho para averiguar quién es el interesado. Aunque no entiendo cuál es el problema. ¿Tienes otro novio?

—No. No he tenido novio desde el padre de Emily —contestó Jessie. Michelle y ella habían charlado el día anterior sobre sus vidas.

—Ah... entonces es el síndrome de la desconfianza.

—¿Qué? —exclamó Jessie—. No es desconfianza, es que cuando Lyall murió descubrí que me había estado engañando.

—Pero ése era Lyall, no Kane.

—Ya, pero en cierto modo se parecen. Los dos son altos, guapísimos, con una sonrisa de pecado... no se puede confiar en un hombre así.

—¿Le dijiste que no entonces?

Jessie suspiró.

—Sí, pero hemos quedado para el viernes.

—Ah, estás haciéndote la dura. Muy lista.

—¿Llamas a eso hacerse la dura? —rió Jessie, guardando el libro en un cajón.

—Claro. Son cinco días de espera.

—En realidad, será exactamente una semana desde que lo conocí.

Michelle abrió mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Lo conocías de antes?

—Nos conocimos en un bar el viernes pasado. No sabía su nombre, pero bailamos... y salí corriendo cuando me di cuenta de que quería algo más que bailar. Los dos nos quedamos de piedra ayer, al vemos.

—De piedra, pero contentos. Yo creo que está muy quedado contigo, Jessie.

—¿Tú crees? Con los hombres nunca se sabe. Podría ser sólo sexo...

—No hay nada malo en eso. Muchas relaciones empiezan así. No caigas en la trampa de ser demasiado cínica con los hombres, cariño. Hay alguno bueno por ahí. No sé mucho sobre Kane, pero la gente habla bien de él —sonrió su jefa—. Dale una oportunidad. Ah, y no olvides darle las gracias por el libro. Se estará muriendo por saber lo que piensas.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. La hora de comer es un buen momento. Kane pide la comida por teléfono... si vas después de la una lo encontrarás solo.

—¿Seguro que es buena idea? —preguntó Jessie, insegura.

—¿Por qué no? ¿Qué crees que va a hacer, violarte encima de su escritorio?

—¡Michelle!

Jessie no quería admitir que eso era precisamente lo que creía que Kane podía hacer. Y lo peor era que no le importaría nada.

Había ido a trabajar con falda. Y sin medias.

El cielo azul de la mañana prometía un buen día, de modo que había elegido una falda blanca estampada con rosas, una camiseta de manga corta y sandalias. Nadie podría haber adivinado que, mientras se vestía, secretamente deseaba estar «accesible» por si Kane decidía

seducirla en su despacho.

Una fantasía absurda, en realidad. Pero muy excitante.

A la hora de comer, tenía los nervios agarrados al estómago. Cuando Michelle se marchó, leyó un par de capítulos del libro mientras tomaba un sándwich que había llevado de casa y luego fue al lavabo para retocarse un poco el maquillaje. Estaba bien. Pensó dejarse el pelo suelto... no, eso sería demasiado obvio.

Afortunadamente, tenía una excusa para ir al despacho de Kane. No quería parecer desesperada. Aunque empezase a estarlo.

El despacho de Karen estaba desierto, pero se le encogió el corazón al oír una voz femenina en el de Kane. Y no era Karen.

Jessie se detuvo al oír que la mujer decía algo sobre un embarazo...

—¡Embarazada! —exclamó Kane—. Por Dios bendito, Natalie.

Jessie contuvo el aliento. Natalie. Ese era el nombre de su ex mujer.

—No te preocupes, cariño, no es tuyo —contestó ella—. Sólo he tenido una falta y la última vez que estuvimos juntos fue hace tres meses. Además, si no recuerdo mal, usaste preservativo.

A Jessie se le encogió el corazón. Kane se había acostado con su ex mujer tres meses antes. Pero, según él, no se había acostado con nadie en un año... ¿Sobre qué otras cosas le habría mentido?

—¿Quién es el padre?

—Un tipo al que conocí en una fiesta, un abogado. ¿Te puedes creer que no sé su apellido? Aunque podría averiguarlo, claro.

—¿Qué vas a hacer con el niño?

—Sé que pensarás que estoy loca, pero voy a tenerlo.

—¡Lo dirás de broma!

—No, Kane. No lo digo de broma.

Jessie no podía seguir escuchando. Se volvió sin hacer ruido y entró en el lavabo. Tenía ganas de llorar, pero no podía hacerlo.

Por un lado, le gustaría ir a su despacho y tirarle sus mentiras a la cara. Por otro, sabía que hacer eso daría por terminado lo que había entre ellos.

¿Podría soportarlo? ¿Podría decirle adiós sin acostarse con él, al menos una vez?

Seguramente, sí. Podía hacer lo que quisiera.

Pero sería difícil, especialmente teniendo que verlo en la oficina todos los días. Se encontraría con Kane... y lo desearía, soñaría con él.

De modo que no, no le diría nada, decidió mientras volvía a su mesa. Lo usaría como pensaba usarla Kane. En la cama.

Al menos, saber aquello impediría que se enamorase de él. Kane Marshall era un canalla y un mentiroso, como la mayoría de los

hombres. Un seductor. Se jactaba de ser una buena persona, pero no lo era.

La carrera que había elegido le pegaba mucho. ¿Qué era, en realidad, más que un vendedor? Un estafador, un viajante de sueños. Los seminarios que dirigía eran un engaño. Hacía que la gente creyese que podía hacer realidad sus sueños sólo con escucharlo. Y la habría engañado a ella también, si se hubiera dejado.

Pero no iba dejarse engañar. Podía decir todo lo que quisiera, no iba a creer nada.

—¿Qué estás murmurando?

La voz de Kane la sobresaltó.

Jessie tragó saliva, antes de volverse, con una sonrisa en los labios.

—En las cosas que tengo que hacer antes de Navidad.

Sí, Kane Marshall era guapísimo, pensó. Con un aire de seguridad masculina, de fuerza, que encontraba irresistible.

Pero estaba lista para él, lista y armada porque ya sabía lo que era.

—Me ofrecí a llevarte de compras, ¿recuerdas? —sonrió Kane.

—Sí, me acuerdo. Y puede que acepte tu oferta la semana que viene.

—¿Qué tal el sábado? Emily podría venir con nosotros. Te prometo que, para entonces, tendré una silla de seguridad.

Jessie sonrió, seductora.

—¿Crees que podrás levantarte de la cama después del viernes?

En los ojos azul cobalto vio un brillo de sorpresa.

—¿Eso es un reto?

—Digamos que para mí ha pasado mucho tiempo. Puede que tengas que esforzarte.

—Vaya, cuando decides hacer algo te lanzas de cabeza, ¿no?

—Sí, yo soy así.

—Eso es lo que me gusta de ti. Eres muy sincera... excepto cuando vas a los bares buscando maridos infieles, claro —sonrió Kane.

Jessie se encogió de hombros.

—Eso se terminó. Ahora tengo un trabajo decente. Además, la mayoría de esos tíos se lo merecían. Dime, Kane, ¿tú le fuiste infiel a tu mujer?

—¡Qué pregunta!

—Una que no quieres contestar, claro.

—No me importa contestarla. Nunca le fui infiel a mi mujer. Me dedicaba a la caza cuando era más joven. Una vez casado, dejé todo eso atrás.

—Ah, claro, tú eres un buen chico —sonrió ella, irónica.

Kane arrugó el ceño.

—Veo que no estás convencida.

—¿Y te importa?

—Claro que me importa.

Jessie decidió que aquella conversación estaba yendo por donde no quería.

—Por cierto, gracias por el libro. Me he quedado impresionada. Y un poco sorprendida, la verdad. No sabía que fueras famoso.

—No soy famoso.

—Pero lo serás. El libro es buenísimo —Jessie sabía que nunca se halagaba suficiente a un hombre. Halagar y seducir. No enamorarse.

Y él parecía tan encantado que casi se sintió culpable.

—Pero si aún no lo has leído.

—No del todo, pero lo leeré antes del viernes.

—¡Deja de hablar del viernes! —exclamó Kane entonces, enfadado —. Sé que sólo faltan tres días, pero después de lo de ayer me parece una eternidad. No he pegado ojo en toda la noche.

Parecía cansado y tenía ojeras.

—Yo tampoco he dormido bien —le confesó.

—Jessie, esto es ridículo. ¿Por qué nos estamos torturando? Sal conmigo esta noche. Dora puede cuidar de Emily. Ayer me dijo que no le importaba nada cuidar de la niña. Incluso me ofrecí a pagarle, pero se negó... dijo que lo haría encantada en cualquier momento.

Ella se levantó, furiosa.

—No tienes derecho a hacer eso a mis espaldas.

—¿No tengo derecho a hacer qué? ¿A organizar las cosas para poder pasar algún tiempo con una mujer que me vuelve loco?

—Ya te he dicho que me gusta hacer las cosas a mi manera.

Kane dejó escapar un suspiro.

—Ah, sí, ya. Lo siento. Pero la vida es muy corta y cuando uno ve algo que le gusta, tiene que agarrarlo antes de que se lo quiten.

—¿Eso es lo que enseñas en tu libro?

—No, es algo que pienso desde hace cinco minutos.

—¿Por qué?

—¿Te quieres creer que mi ex mujer ha venido a verme? —suspiró Kane—. Está embarazada... de un tipo del que no conoce ni el apellido. Y va a tener el niño, además.

—¿Y qué hay de malo en eso? —exclamó Jessie.

¿Qué esperaba, que abortase? Aquel hombre no entendía lo fuerte que puede ser el impulso maternal. Ella nunca habría podido librarse de Emily... y eso que quedó embarazada sin haberlo planeado.

—Tú no conoces a Natalie. No me la imagino como madre soltera.

—¿Hay un tipo de mujer que puede ser madre soltera y otro que

no?

—No, supongo que no —suspiró Kane—. Pero es que ha sido tan inesperado... nuestro divorcio finalizó hace tres meses. No te puedes imaginar lo que he sentido cuando me ha dicho que estaba embarazada.

En realidad, Jessie no tenía que imaginar nada. Había oído su reacción. Lo único que le preocupaba era que el niño fuera suyo.

—Pero no sigues enamorado de ella, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Entonces, que tenga un hijo de otro hombre es irrelevante. Deja que viva su vida y vive la tuya.

Kane la miró durante unos segundos y luego sonrió.

—Sí, doctora Denton, seguiré sus consejos. Y eso me recuerda lo de esta noche. ¿Qué tal si quedamos? ¿Me dejas que te invite a cenar, sólo a cenar?

Eso era tan creíble como lo de «ha ganado usted un regalo seguro».

Jessie respiró profundamente, mientras cada poro de su piel gritaba para que aceptase. Pero decir que sí sería el beso de la muerte. Le mostraría su debilidad y entonces la tendría donde quisiera.

—Lo siento, Kane. No salgo nunca durante la semana, así que tendrás que esperar —dijo por fin—. Y darte alguna ducha fría —sugirió, con malicia.

Sus ojos se encontraron. En los de él había un deseo que no podía disimular.

—Sobreviviré, aunque en el mundo no hay agua fría suficiente para solucionar mi problema —dijo Kane con voz ronca—. Y si vas a venir a trabajar todos los días tan guapa que estás para comerte, sugiero que te alejes de mí.

Capítulo 11

—¡Mi mamá tiene novio! ¡Mi mamá tiene novio! ¡Mi mamá...!

—Sí, bueno, ya está bien Emily —la interrumpió su madre—. Ya te he oído. Y deja de dar saltos en la cama. No es un trampolín. Venga, ve a ver una película. Tengo que arreglarme, cariño.

Emily salió de la habitación a toda velocidad. Si había algo que pudiera hacer callar a su hija era ver una de sus películas favoritas.

Pero a Jessie le temblaban las manos y no sabía qué ponerse.

Kane le había dicho en su último e—mail, le había enviado varios durante la semana, que no tenía que arreglarse demasiado. Un alivio porque su guardarropa era más bien sencillo. Más que sencillo.

Hacía buen tiempo, de modo que eligió una falda estampada en blanco y negro, similar a la falda con la que Kane le había dicho el otro día que estaba para comérsela.

Oh, no, no. No debería haber pensado en eso. Sus pezones se endurecieron y sintió un cosquilleo entre las piernas.

Una mirada al reloj la hizo apresurarse. Sólo tenía un cuarto de hora antes de que llegase Kane. Se había duchado y pintado, pero seguía desnuda bajo el albornoz y tenía el pelo hecho un asco.

Dora había prometido darle la cena a la niña. Parecía tan contenta como Emily porque tenía «un novio». Jessie no había querido desilusionarlas, así que dejó que pensaran lo que quisieran.

Mientras tanto, se decía a sí misma que lo que iba a pasar esa noche no tenía ninguna importancia.

—No tiene importancia —murmuró, mientras sacaba un sujetador de satén negro con tanga a juego. Era un conjunto muy caro que había comprado antes de tener a Emily y que apenas se había puesto. La maternidad había aumentado el tamaño de sus pechos y cuando se puso el sujetador... se le salían por arriba.

Pero, ah, estaba muy sexy, con un escote más grande que el Gran Cañón. El tanga quedaba bien por delante... y no se atrevió a mirar por detrás. Lo que no sabía no podía deprimirla.

Un golpecito en la puerta anunció la entrada de Dora.

—La cena de Emily ya está lista.

—No he terminado de vestirme. ¿Te importa dársela tú?

—No, claro que no.

—¡Emily, a cenar! —gritó Jessie desde la habitación mientras se ponía un top negro a juego con la falda—. El zumo de manzana está en la nevera.

—No te preocupes, yo me encargo de todo —sonrió Dora—. Tú

vístete, Kane está apunto de llegar.

—Sí, lo sé —murmuró ella, abrochándose la falda. Una cosa que la maternidad no había mejorado era su cintura. Era un poquito más ancha que antes, pero como le habían crecido los pechos y las caderas seguía teniendo figura de reloj de arena.

Razonablemente satisfecha con el resultado, intentó arreglarse el pelo, pero estaba intratable. Sólo podía hacerse un moño, que sujetó con una cinta negra.

Naturalmente, le caían algunos rizos a los lados de la cara, pero los hombres le habían dicho que eso les gustaba mucho. Según ellos, era muy sexy. Y estar sexy era precisamente lo que quería esa noche.

Como joyas, unos pendientes de aro y un colgante de plata. El perfume era caro, un regalo de Dora por su cumpleaños. Se llamaba Amor Verdadero.

Qué ironía, pensó, mientras se calzaba las sandalias de tacón. Lo único que lamentaba era no haberse puesto un poco de crema autobronceadora. Sin medias se la veía muy blanca. Pero aún no había cobrado y no podía comprarse cremas caras. Mejor estar blanca que con rayas naranjas en las piernas, se dijo.

—Kane está aquí —anunció Dora unos minutos después.

—¡Ya voy! —gritó Jessie, llevándose una mano al corazón. ¿Qué había sido de la chica segura de sí misma?

Aparentemente había desaparecido, reemplazada por una cría asustadiza que temía hacerlo tan mal que Kane no quisiera volver a verla. Aunque quizá sería lo mejor.

Pensar en la chica que había sido le recordó que no tenía preservativos. Pero seguramente Kane estaría preparado. Un hombre que no quería tener hijos siempre estaba preparado.

—¡Kane, Kane! —oyó los gritos de Emily.

Jessie esperaba que no se pusiera a gritarle lo de «mi mamá tiene novio».

El estaba apoyado en el quicio de la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Ah, vamos coordinados.

Kane llevaba un traje negro de sport con una camiseta blanca debajo. Sin duda, una camiseta de diseño. Pero daba igual. A él le habría quedado bien cualquier cosa.

Por el brillo de sus ojos, Jessie intuyó que aprobaba su atuendo. Afortunadamente, los hombres casi nunca sabían lo que costaba la ropa de mujer. No le gustaría que supiera que esa camiseta valía más que todo lo que ella llevaba puesto. Menos la ropa interior, que era carísima.

—¿A que mi mamá está muy guapa? —preguntó Emily, que, milagrosamente, no se había levantado de su silla.

—Desde luego que sí —contestó él.

—¿Vas a pedirle que se case contigo?

Era justo la clase de pregunta que Jessie había temido.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —rió Kane.

—Oh, sí, mucho.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa. El problema es que me parece que tu mamá no está preparada para casarse conmigo... todavía.

—¿Por qué no? —preguntó la niña.

—Kane y yo acabamos de conocernos, cariño —intervino Jessie, intentando tomárselo a broma—. Uno no se casa con alguien al que ha conocido una semana antes.

—¿Y si pasan dos semanas? —preguntó Emily. Dora y Kane soltaron una carcajada. Jessie levantó los ojos al cielo.

—En dos semanas es posible. Y ahora, sé buena con Dora y vete a la cama cuando ella te diga, ¿eh? Dora, muchísimas gracias por todo.

—De nada, cariño. Quédate hasta la hora que quieras, no te preocupes por mí.

—No llegaré muy tarde, te lo prometo —dijo Jessie con firmeza, más para Kane que para su amiga—. Adiós, cielo —sonrió, besando a su hija—. Hasta mañana.

—Dos semanas, ¿eh? —rió él mientras iban hacia el coche—. En ese caso, deberíamos estar comprometidos para Navidad.

—Muy gracioso.

—Hablo en serio.

—Kane, no digas bobadas.

—¿Por qué?

Jessie se detuvo frente a la verja.

—No digas esas cosas. Los dos sabemos que no vamos a casamos.

—¿Por qué no?

—Para empezar, está Emily.

—Emily es una niña estupenda. Y monísima.

Ella sacudió la cabeza, exasperada.

—No pienso seguir hablando de tonterías.

—Me alegro, porque yo también estoy cansado de hablar —dijo Kane, envolviéndola en sus brazos.

El primer instinto de Jessie fue apartarse. ¿Y si Dora salía de la casa y los veía? Incluso abrió la boca para protestar.

Un error.

Kane metió la lengua en su boca y Jessie dejó de pensar durante

unos tres minutos. Cuando él se apartó por fin, la cabeza le daba vueltas.

—Ahora sé qué hacer contigo —dijo con voz ronca, pasando un dedo por sus labios—. Cada vez que te pongas gruñona esta noche, te besaré. Compórtate en el restaurante... a menos que no quieras ir a cenar. Podríamos ir directamente a mi casa, si quieres. Tengo comida en la nevera y un buen microondas. Y vino, también. Soy un hombre domesticado, sólo me convierto en una bestia cuando estoy contigo.

—Me gusta esa bestia —se oyó decir a sí misma, con voz ronca. La sensación del dedo sobre sus labios era increíble. Sin pensar, sacó un poquito la lengua... Kane miró su boca y luego, lentamente, metió el dedo dentro.

A Jessie le dio un vuelco el estómago.

—Chúpalo —le ordenó. Y ella obedeció, pensando que esa noche haría todo lo que él le pidiera.

Ese pensamiento la sorprendió. Era territorio peligroso, pero más excitante que lo que había experimentado nunca. Lyall era cosa de guardería comparado con aquel hombre.

De repente, Kane sacó el dedo de su boca como si fuera una cobra, y no una mujer a punto de convertirse en su esclava sexual.

—Ya es suficiente. ¿Qué hacemos esta noche? Tú decides, el restaurante o mi casa.

Jessie no quería ser hipócrita. Estaba excitada y él se había dado cuenta. Si seguía mintiendo pensaría que sólo quería excitarlo y ella no era así.

—Tu casa —contestó.

El no dijo nada, pero la tomó de la mano para llevarla hasta su coche como si los persiguieran los sabuesos del infierno.

—Ponte el cinturón —le ordenó—. Y nada de cháchara. Mi casa está en Balmoral, pero hay mucho tráfico y tengo que concentrarme.

Balmoral. Un barrio exclusivo al norte de la ciudad, con una playa privada. Había estado allí una vez, en un restaurante. Un sitio de lujo. Un sencillo apartamento costaría un dineral.

Y no imaginaba a Kane en un sencillo apartamento. Sería un ático, seguro, cerca de la playa, con terraza y jacuzzi. Muy moderno, masculino, con muebles elegantes y una cama enorme.

Se había equivocado. Primero, era una casa, no un apartamento. Además, no era moderno y masculino, era una casa antigua, probablemente construida en los años treinta, con objetos Art deco y muchas antigüedades. En lo único que había acertado era que estaba cerca de la playa.

—¿Vivías aquí con tu mujer? —fueron las primeras palabras de

Jessie cuando la llevó al salón. A través de los ventanales podía ver el mar y las luces de los restaurantes.

—No —contestó él—. Teníamos un apartamento en el centro. Compré la casa cuando nos separamos. Mis padres y mi hermano viven cerca de aquí.

Jessie pensó que era un detalle que quisiera vivir cerca de su familia.

—No es lo que yo esperaba.

—Lo sé —sonrió Kane—. Por eso quería traerte aquí. No dejo de decirte que no soy lo que tú crees... Y ahora, deja el bolso y ven aquí.

Jessie contuvo el aliento. Debería haber imaginado que no perdería el tiempo. Y era lo que ella quería también.

Pero la decisión de meterse en la cama con él había sido fácil cuando estaba en sus brazos, besándola, con su dedo en la boca. No tan fácil allí, en el salón, con las luces encendidas.

—No me digas que estás nerviosa, O que has cambiado de opinión.

—No, no he cambiado de opinión. Pero sí, estoy nerviosa —le confesó ella—. Ha pasado mucho tiempo y...

—¿Cuánto tiempo?

—Pues... no he estado con nadie desde Lyall. Jessie agradeció que Kane no pareciera sorprendido o, peor, incrédulo.

—Ya veo —dijo simplemente—. Eso es estupendo.

—¿Estupendo? ¿Por qué? Seguramente se me ha olvidado cómo hacerlo.

Kane soltó una carcajada.

—No se te ha olvidado, cariño. Pero si fuera así —dijo entonces, dejando su bolso en la mesa— yo estoy aquí para recordártelo. A mi manera, no como Lyall o como cualquier otro hombre.

—¿Y cuál es tu manera? —preguntó ella, mientras Kaneia llevaba al dormitorio.

La mirada que lanzó por encima de su hombro hizo que Jessie sintiera un escalofrío.

—La que te dará más placer, por supuesto. Tengo un plan, como siempre. Si no tengo éxito, volveré a intentarlo una y otra vez. Te asombrarán cuántas veces puedo hacer el amor en cinco horas.

El dormitorio tenía los suelos de madera, techos altos, una cama con cabecero de metal y un edredón plateado, de seda. A ambos lados de la cama, dos mesillas con lámparas antiguas. Las ventanas estaban tapadas por elegantes cortinas y, a la derecha, había una puerta que daba al cuarto de baño. La luz estaba encendida y Jessie comprobó que era más moderno que el resto de la casa.

Era un dormitorio precioso, masculino, pero cálido y elegante.

Aunque muchas mujeres habrían dormido allí. Su ex mujer, por ejemplo. Y otras.

Ese pensamiento no le gustó nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kane.

—Nada —mintió ella.

—Venga, Jessie, no me mientas. Has mirado la cama y se te ha ocurrido algo desagradable. ¿Qué es?

—No me gusta la idea de que hayas estado aquí con otras mujeres.

—Pero ya te he dicho que no ha habido otras mujeres después de Natalie.

—¿Y ella?

—¿Qué?

—Te has acostado con ella recientemente. Sé que es así. Iba a entrar en tu despacho cuando la oí hablando contigo... la oí decir que el niño no era tuyo.

Kane la miró, sorprendido.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque... no quería.

—Y te lo has guardado... para usarlo contra mí.

—No, no es eso.

—Sí lo es.

—¿Habría cambiado algo? Te acostaste con ella, ¿no?

Kane hizo una mueca.

—Mira, fue hace tres meses y sólo ocurrió una vez. Nos encontramos en su apartamento cuando el divorcio estuvo finalizado... tomamos demasiadas copas y ella dijo «¿por qué no?, por los viejos tiempos». Si no hubiera estado un poco borracho, no habría pasado, te lo aseguro. Y lo lamenté después. No te imaginas cómo. Ni siquiera nos gustó porque los dos estábamos ebrios...

—Ya veo.

—No te lo dije porque no quería que pensaras que era uno de esos tipos que se divorcian y siguen acostándose con su mujer cuando les apetece. Lo siento, de verdad. No intentaba engañarte. Sólo quería convencerte de que lo que me pasa contigo no me había pasado nunca. Te deseo, Jessie, más de lo que he deseado nunca a nadie. Y sé que tú me deseas también. Por favor, no busques excusas para apartarte de mí.

Ella sabía que Kane Marshall podría convencer a cualquiera de cualquier cosa. Pero había sinceridad en su voz. Tenía que estar diciendo la verdad.

—¿No has estado con nadie más?

—Que me muera ahora mismo.

—Yo no quiero que te mueras —dijo Jessie entonces, enredando los brazos alrededor de su cuello—. Te quiero vivo.

Kane no esperó más; buscó su boca con un beso lleno de ansia. Sus lenguas se encontraron, bailaron, exigieron. Se apretaban el uno contra el otro, restregándose.

—No, otra vez no —jadeó él, apartándose—. No he esperado una semana para esto.

A Jessie le daba vueltas la cabeza, pero estaba de acuerdo. Tampoco era eso lo que ella quería. Lo quería denudo, dentro de ella. Lo quería todo.

Levantó la mano para quitarse la cinta del pelo…

—No, déjame a mí.

Kane empezó a desnudarla como no lo había hecho ningún hombre. Lenta, sensualmente, con los ojos cargados de deseo y las manos temblorosas. Primero le quitó la falda, dejándola sólo con el e tanga.

—Levanta los brazos —le ordenó. Jessie obedeció mientras él tiraba del top hacia arriba.

La acción cubrió sus ojos durante uno o dos segundos y se excitó al imaginar cómo la vería él, con los brazos levantados, la cara tapada, su cuerpo medio desnudo expuesto a su mirada. Nunca había tenido la fantasía de ser una esclava

wuai… pero la tenía ahora. Se imaginaba a sí misma siendo comprada por él, prisionera de fusión, sin ningún otro propósito que ser un instrumento de placer.

Y no el suyo propio.

De repente, su propio placer le parecía irrelevante. Era todo para él. Su amante. Su amo.

Cuando Kane le quitó el top, Jessie siguió sin abrir los ojos, disfrutando de la sensación de estar fuera de sí misma, mirando lo que pasaba como una espectadora. Lo oyó contener el aliento. De admiración, esperaba.

Y entonces volvió a tocarla. Primero le quitó el tanga algo que la sorprendió. Tuvo que agarrarse a sus hombros cuando él la hizo levantar primero un pie, luego otro. Se quedó sin respiración cuando Kane empezó a acariciar su estómago con una mano. Jessie cerró los ojos con más fuerza cuando la deslizó hacia abajo y metió las dos manos entre sus piernas. Pero no la tocó ahí, sólo las separó.

—Sí, así —lo oyó decir.

Luego desabrochó su sujetador. Cuando sus pechos estuvieron desnudos no sintió vergüenza sólo un increíble deseo de que los tocara.

Pero él no los tocó.

—Abre los ojos.

Por supuesto, ella obedeció. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era la voz de su amo.

Abrir los ojos, sin embargo, la mareó un poco.

—Cuidado —dijo Kane, sujetándola por los hombros—. Quiero que te quedes ahí, sin moverte, mientras yo me desnudo.

Jessie no dijo nada. Nunca se había sentido más dócil, más sumisa en toda su vida.

Kane se quitó la ropa a toda prisa. Y se lo quitó todo, mostrando un cuerpo aún mejor de lo que ella había imaginado. Musculoso, duro, sin mucho pelo, con un torso ancho y un estómago absolutamente plano.

Jessie vio que sacaba un preservativo de la mesilla y se lo ponía, mirándola a los ojos.

Nerviosa, se pasó la lengua por los labios...

—No, eso no —dijo Kane, malinterpretando su gesto—. Aún no.

«Lo que tú quieras», estuvo a punto de decir ella. «Cuando tú quieras».

Kane dio un par de vueltas a su alrededor, mirándola, desnuda con las sandalias de tacón. Sólo cuando ella estaba a punto de ponerse a gritar, la tocó, por detrás, apartando el pelo de sus hombros para besarla en el cuello, al principio suavemente, luego con urgencia.

La bestia salvaje emergió de nuevo y pronto estaba chupando su cuello mientras pasaba las manos por sus brazos. Jessie arqueó automáticamente la espalda contra él, la acción levantando sus pechos en lasciva invitación. Esa vez, Kane los apretó, masajeándolos mientras con la yema de los dedos frotaba cruelmente sus pezones.

Las sensaciones eran como una serie de relámpagos, de corrientes eléctricas, dejándola con un fuego interno que sólo podía apagarse de una forma.

Kane empezó a morder su oreja, su aliento como un incendio.

—No cierres las piernas —le ordenó.

Y luego tomó sus manos y tiró de ellas, doblándola hasta que sus dedos tocaron el cabecero de la cama.

_Agárrate ahí.

Buen consejo. Porque S no, podría haberse caído al suelo. O podría haberse desmayado.

Ningún hombre le había hecho el amor de esa forma, en esa posición de espaldas, y a Jessie le daba vueltas la cabeza. Pero hubo poco tiempo para pensar antes de que lo tuviera dentro, sujetando sus caderas desde atrás mientras se enterraba en ella.

Nunca había expeñment0 algo tan decadente, pero era delicioso. Salvaje, perverso y maravillosamente lascivo. Enseguida empezó a moverse contra él, ontrayend0 sus músculos interiores en respuesta a sus embestidas.

—Oh, Dios... Sí, sí, sí, así, cariño, muévete. Así me gusta.

Kane soltó sus caderas y empezó a apretar sus pezones tirando de ellos hacia abajo. La combinación de sensaciones iba más allá del placer.

Jessie gritó al sentir el orgasmo más fuerte y rápido de su vida. Cuando Kane la siguió, unos segundos después, fue como si estuviera sobre arenas movedizas. Se agarraba al cabecero con fuerza, sabiendo que silo soltaba caería al suelo como una marioneta.

Kane la tomó en brazos. ¿Cómo podía hacerlo?, se preguntó. Estaba detrás de ella, dentro de ella. Seguía sintiéndolo allí... Pero no, ya no estaba dentro. La tumbaba sobre la cama, acariciando su pelo, su espalda, sus piernas...

Jessie se sentía agotada, exhausta. Murmuró algo, podría haber sido un «gracias», y luego bostezó.

Y después todo se volvió negro.

Capítulo 12

Kane volvió de su viaje al cuarto de baño y miró a Jessie dormida sobre su cama, sonriendo al ver que seguía llevando puestas las sandalias. Con cuidado, se agachó para quitárselas. Ella no abrió los ojos.

La había interpretado bien, pensó. Le gustaban los hombres que tomaban el control en la cama, los que la trataban como si fueran hombres de las cavernas. Pero Kane nunca había actuado así con una mujer.

A Natalie le gustaba ponerse arriba… y nunca había tenido que esforzarse demasiado, la verdad. El tiempo y la familiaridad habían matado el deseo que sentía por ella. La falta de amor también, claro. Estaba resentido por su negativa a tener hijos y, al final, no le preocupaba darle placer.

Pero quería darle placer a Jessie Denton.

Porque se había enamorado de ella. Profundamente. No era sólo sexo, no estaba engañándose a sí mismo. El conocía bien la diferencia. La deseaba, no sólo como amante, sino también como esposa y madre de sus hijos. Se habían conocido sólo una semana antes, pero estaba más seguro de eso que de cualquier otra cosa en la vida.

Sospechaba que ella sentía algo también, pero no se fiaba después de su experiencia con el tal Lyall. El cinismo y quizá cierto resentimiento con los hombres impedían que viera que él era sincero.

Una pena que lo hubiese oído hablar con Natalie. Debió pensar que era un mentiroso… y a pesar de eso había aceptado salir con él, algo que llevaba años sin hacer.

Su ego masculino se sintió halagado cuando le dijo que era el primer hombre desde el padre de Emily. Su amor por ella creció al saber que no se acostaba con cualquiera. Y su respeto. Tenía mucha personalidad Jessie Denton. Kane sintió un escalofrío al recordar la fuerza del orgasmo.

Estaba deseando que despertase. Ya estaba duro otra vez.

¿Por qué iba a esperar?, le dijo el hombre de las cavernas que llevaba dentro. Ella no querría dormir hasta la doce. «Si la deseas, tómala». «A por ella, tigre! »

Kane no vaciló. Abrió el cajón de la mesilla donde guardaba los preservativos y, veinte segundos después, estaba tumbado a su lado, pasando un dedo por su espalda.

Jessie despertó sintiendo un escalofrío de placer. Pero tardó unos segundos en recordar dónde estaba o con quién.

Oh, cielos, pensó. Afortunadamente, tenía la cara contra la almohada. Eso le daría unos segundos antes de admitir que estaba despierta.

Aunque no tendría que hacerlo. Podría quedarse allí, como si siguiera dormida, disfrutando de sus caricias. Pero entonces esa mano, la que la hacía sentir escalofríos, empezó a moverse en territorio peligroso...

—¡No hagas eso! —exclamó.

Kane sonrió, metiendo la mano entre sus piernas.

—Me alegra tenerte de nuevo en el mundo de los vivos —murmuró, excitándola con el dedo.

Ella contuvo un gemido cuando rozó el capullo escondido entre sus rizos.

—No eres una buena persona, eres perverso.

Kane rió, bajito.

—Me lo tomo como un cumplido. ¿Quieres ponerte encima esta vez?

Jessie lo miró, boquiabierta. Nunca había estado con un hombre tan directo...

—¿No? Muy bien. La próxima vez, quizá —dijo él, inclinando la cabeza para chupar uno de sus pezones mientras introducía el dedo en su interior.

Eran dos fuentes de placer, su boca, chupando, lamiendo... pero era lo que pasaba abajo lo que la hacía jadear. Jessie empezó a sentir los primeros espasmos y pensó que debería advertirle.

—Voy... a llegar —murmuró.

Kane sonrió.

—Me alegro. ¿Seguro que no quieres ponerte encima?

Debía ser una pregunta retórica porque antes de que pudiera contestar la había colocado encima de él.

—Ahora agárrame y ve metiéndome dentro de ti, despacio —le indicó, intuyendo quizá que nunca lo había hecho así. Jessie se dio cuenta de que, hasta entonces, su vida sexual había sido aburrida. Lyall era bueno en la cama, pero egoísta. Y sus otros novios, unos ignorantes. Sólo su gusto por ser tocada, acariciada y, por supuesto, penetrada, había hecho que esos encuentros fueran placenteros.

Jessie agarró el miembro de Kane. La sola idea de meterlo dentro de ella con sus manos le resultaba excitante.

No podía ser tímida.

—Oye —rió Kane, cuando lo apretó con fuerza—. Cuidado.

Ella ni siquiera se puso colorada. Estaba demasiado concentrada insertando el rígido miembro en su interior y ahhh... era mejor de lo

que había pensado. No hicieron falta más instrucciones, aunque Kane agarró sus caderas cuando empezó a montarlo. Probablemente para que fuese más despacio.

El deseo de ir más rápido era casi insoportable. El deseo de llegar al orgasmo, intenso.

—¡Sí! —gritó al sentir los espasmos.

El debía haber llegado también. Vagamente recordaba su gemido ronco mientras ella estaba gritando. Cuando por fin cayó sobre él, Kane la abrazó tiernamente. Aquella vez no se durmió. No se sentía cansada, todo lo contrario. Se sentía en do paz consigo misma, feliz.

Cuando por fin él se apartó, Jessie dejó escapar un gemido de protesta. Le gustaba tenerlo dentro.

Y cuando se levantó de la cama, la sensación de abandono le resultó insoportable.

¿Cómo iba a vivir sin eso? ¿Cómo iba a vivir sin él?

La idea era aterradora.

Kane había ido al baño. Podía oírlo allí, silbando. Oía el grifo de la ducha y lo estaba imaginando lavándose por todas partes cuando de repente apareció en la puerta, desnudo y empapado.

—Ven aquí, mujer. Hora de refrescarse.

Jessie quería hacerlo. Desesperadamente. Pero, ¿no la convertía eso en una desesperada? Tenía que estar tranquila y ser fuerte.

—Los dos sabemos qué pasará si me meto en la ducha contigo —le dijo, con lo que esperaba fuese un tono sofisticado—. Y no puedo hacerlo otra vez. Es demasiado pronto. Además, tengo hambre. Necesito comer algo.

—Qué curioso que digas eso —sonrió Kane, con un brillo perverso en los ojos.

Jessie abrió la boca y volvió a cerrarla. Lo decía en serio. Pero la idea la excitaba. Estaba empezando a ser tan mala como él.

—¿Quieres que te traiga en brazos? Si no mueves ese precioso trasero, lo haré.

La idea de que la llevase desnuda a la ducha era tan excitante como la idea de... tomarlo con la boca.

Sí, definitivamente se estaba volviendo tan perversa como él.

Se quedó donde estaba y seis segundos después, Kane la tomaba en sus poderosos brazos.

—Antes de que se me olvide —murmuró, mientras la llevaba al baño—. Creo que eres la criatura miso, hermosa Jessie. Dime que tú también lo demás sexy y más preciosa que he conocido nunca.

Sus palabras la sorprendieron. Pero intentó que sí se oyó decir a sí misma desde algún sitio no la hiciesen perder la cabeza... o el corazón.

Los erótico y oscuro—. Si, Kane...

Los hombres corno Kane eran seductores natos.

—Conociéndote, seguro que pensarás que sólo estoy interesado en ti por el sexo —siguió él—. Y debo confesar que en este momento, el sexo me interesa muchísimo.

Después de dejarla en la ducha, apartó el pelo de su cara. Jessie había visto películas en las que el agua era un símbolo de erotismo. Ahora sabía por qué. Había algo primitivo en estar con tu amante bajo el agua, dejándola caer sobre tu cuerpo, haciéndote sentir cada curva, cada orificio escondido. Entraba en su boca, chocaba contra sus pezones, se almacenaba en su ombligo y caía entre sus nalgas, empapando lugares secretos antes de correr por sus muslos.

—Pero tú sientes lo mismo, ¿no? —murmuró Kane, tomando su cara entre las manos—. Necesitarnos esto, los dos. Necesitarnos hacérnoslo todo el uno al otro. Tenemos que quitarnos esto de encima o no podremos hacer nada más. He soñado contigo toda la semana, Jessie. Desnuda, en mi cama, en mi ducha, en cada habitación de mi casa.

—Kane...

—No voy a dejar que te vistas esta noche, Jessie, ni siquiera cuando estemos cenando. Vas a estar desnuda para mí. Vas a dejar que te toque cuando quiera, que te tome cuando quiera... Dame, permiso hermosa Jessie. Dime que tú también lo deseas.

—Si —se oyó decir a si misma desde algún sitio erótico y oscuro—. Si, Kane…

Capítulo 13

—¿Bueno? ¿Qué tal anoche? —le preguntó Dora por la mañana—. Cuando llegaste, estaba medio dormida. Perdona que no pudiera saludarte siquiera.

En realidad, Jessie se alegraba. Había llegado a casa a la una de la madrugada, con el pelo revuelto y sin una gota de maquillaje. Si Dora hubiera estado despierta, no se le habría escapado lo que había estado haciendo toda la noche.

Jessie tragó saliva. Había sido increíble, asombroso. Había hecho cosas con Kane que jamás se imaginó capaz de hacer.

—Lo pasé muy bien —contestó, sin que le creciera la nariz—. El restaurante era estupendo... ¿Has estado alguna vez en Balmoral?

Afortunadamente, Dora no conocía los restaurantes de esa zona y Jessie inventó una carta, intentando no pensar en lo increíble que había sido la «comida» de esa noche.

La cena real no había sido tan increíble. Sólo unos platos precongelados y una copa de vino blanco. Lo increíble era que hubiesen cenado desnudos, compartiendo una silla de la cocina, y que

Kane le hubiese prohibido que se llevara nada a la boca.

En realidad, lo que habían hecho la noche anterior era decadente. Pero al mismo tiempo, tan excitante.

—¿Dónde fuisteis después? —preguntó Dora.

—Ah... a su casa, un rato —contestó Jessie, sin mirarla.

—¿Y?

—Tiene una casa muy bonita.

—¿Y?

—Se ve la playa y está llena de antigüedades. Kane debe ser millonario.

—¿Y qué?

—Jessie Denton, ¿te has acostado con él o no?

Jessie se puso colorada hasta la raíz del pelo.

—No me hagas esas preguntas, Dora. Emily podría oírte.

—A esta distancia, no.

Estaban en el jardín, pero alejadas de la higuera donde jugaba su hija.

Jessie dejo escapar un suspiro.

—Sí, me acosté con él —le confesó.

—Me alegro —sonrió Dora—. Es un hombre muy agradable.

¿Agradable? Ella tuvo que apretar los dientes para no decir nada.

—Y le gusta mucho Emily —añadió su amiga.

—Se divorció de su mujer porque no quería tener hijos.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Totalmente. Me lo ha dicho él mismo.

—Qué raro. No actúa como un hombre al que no le gustan los niños. Es muy paciente, muy cariñoso.

—A lo mejor no le gustan los recién nacidos. Y Emily ya es una mujercita.

—Sí, pero es una pena de todas formas. Yo pensaba que podría ser el hombre de tu vida.

—Por favor, Dora...

—A Emily le encantaría.

—No me ha dicho nada —murmuró Jessie—. Además, a pesar de no haber tenido un padre, no le ha faltado nada —añadió, a la defensiva.

—¿Cómo lo sabes? Emily ve a otros padres yendo a buscar a sus compañeros... quizá lleva años esperándolo, pero no ha querido decirte nada. Te quiere muchísimo, Jessie, pero yo creo que le gustaría tener un padre —suspiró Dora—. Por eso le gusta tanto Kane. Y por eso preguntó si ibas a casarte con él. Los niños dicen lo que guardan en el corazón.

Jessie se quedó pensativa. Estaba pasando, eso que ella tanto había temido. Si seguía viendo a Kane, Emily se acostumbraría a él. Pero un día, puff, desaparecía y a su hija se le rompería el corazón. Podía soportar que se lo rompiera a ella, pero a su hija...

¿Cómo podía explicarle a una niña de cuatro años que no todas las relaciones acababan en matrimonio? La mayoría acababan, sin más.

—Kane quiere que salgamos los tres juntos el domingo. Voy a tener que llamarlo para decir que no.

—¿Por qué?

—Porque no es justo para Emily. Kane no está interesado en ella, Dora, sólo está interesado en mí.

—Eso no lo sabes. Pregúntaselo.

—Me mentiría.

Su amiga la miró, sorprendida.

—Sabía que eras una cínica, Jessie, pero no sabía que lo fueras tanto. Creo que estás cometiendo un error. Kane es una buena persona y se merece una oportunidad. Y tú también. Y Emily. No tomes decisiones a la ligera... date un tiempo. La vida puede ser cruel, pero también puede ser maravillosa. Tienes que creer en eso o es absurdo seguir viviendo. Yo estaba muy deprimida hasta que llegasteis a mi casa, pero vosotras habéis traído alegría a mi vida cuando ya no la esperaba.

—Dora...

—Eres demasiado dura con los hombres, cariño. No confías en ellos por sistema. Pero yo creo que Kane es un hombre decente. Además, la gente puede cambiar.

Jessie no creía que un hombre que se había divorciado porque no quería tener hijos fuese a cambiar nunca, pero reconocía que quizá era un poco dura con él. Se estaba portando muy bien con ella y era encantador con la niña...

Sería una idiota si lo dejase ir.

La idea de no volver a experimentar lo que había experimentado la noche anterior la ponía enferma. Pero tenía que poner reglas, establecer fronteras. Nada de ver a la niña, por ejemplo. No debía ir a buscarla hasta que Emily estuviese dormida. Y no debía esperar que durmiera en su casa.

Sí, eso era muy razonable.

Pero a Kane no se lo pareció.

—Ya estás otra vez con esas tonterías... Jessie, me gustas de verdad. No, eso es mentira. Te quiero, maldita sea.

Ella contuvo el aliento.

—¿Qué?

—Sí, ya. Estoy seguro de que no me crees, pero es verdad.

—Eres tú el que dice tonterías —replicó Jessie, cuando se le pasó la sorpresa—. Sé lo que tú quieres, Kane Marshall, y no soy yo. Es la mujer dócil y sumisa en la que me convertí anoche. No sé qué me pasó para dejar que me hicieras esas cosas. Mi única excusa es que no había estado con un hombre en mucho tiempo. Y, por supuesto, tú sabías cómo encontrar mi lado oscuro.

—¿Tu lado oscuro? —repitió Kane—. No es tu lado oscuro, cariño, es tu lado femenino. Ese lado que olvidas mientras estás siendo una mamá responsable para quien todos los hombres son unos canallas. Sé que te han hecho daño, pero eso no significa que todos los hombres seamos unos cerdos. A ti no te gusta que te juzguen mal, ¿no? Pero eres muy rápida juzgando a los demás.

Jessie hizo una mueca. Tenía razón.

—Eres una chica estupenda, Jessie —siguió Kane—. Pero tienes que confiar en los demás. Te quiero en mi vida. A ti y a Emily. Pero debes creerme, tienes que confiar en mí. Ya no sé qué hacer para convencerte... y si no crees que puedes amarme, quizá estoy perdiendo el tiempo. Si 1 de anoche sólo ha sido una forma de exorcizar tus frustraciones sexuales es tu problema, pero para mí fue la noche más increíble de mi vida. Tú eres todo lo que quiero en una mujer y en una amante, Jessie Denton.

Ella se mordió los labios, sin saber qué decir.

—Pues... para mí lo de anoche fue maravilloso también. Siento haber dicho lo que he dicho, Kane. Me he pasado.

El rió.

—En cierto modo, me gusta eso de ti. Pero también me gusta la mujer que fuiste anoche. Estoy enamorado de las dos.

—No digas eso...

—¿Por qué?

—Porque me da miedo.

—Sí, lo sé, cariño. Pero vas a tener que acostumbrarte. Te quiero y no voy a irme de tu lado.

Jessie casi empezaba a creerlo, quería creerlo. La seguridad de Kane borraba sus viejos miedos —de que ningún hombre pudiera quererla de verdad. Su madre le había metido en la cabeza que ninguno querría a una mujer que había tenido un hijo con otro hombre.

Pero, ¿estaba hablando Kane de matrimonio? No. eso era demasiado prematuro. ¿Y el asunto de los niños? Dora podría tener razón. Quizá querría tenerlos con ella, si la amaba de verdad. Si no, al menos tendría a Emily. Y a Kane le gustaba mucho su hija.

—Estaría bien que me dijeras lo que sientes por mí —dijo él entonces—. Necesito que me animes un poco.

—Dudo que tú necesites que te animen para nada, Kane Marshall.

—Porque nunca había querido algo tan difícil como ahora.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo de anoche? Tú decías salta y yo decía: ¿hasta dónde?

—Pero eso era en la cama —rió Kane—. En el día a día, eres muy difícil. ¿Puedo ir a tu casa hoy?

—No.

—¿Por qué sabía que ibas a decir eso? —suspiró él—. ¿Y mañana? ¿Podemos salir los tres, como habíamos quedado?

—Sí, pero nada de sexo.

—Ya me lo imaginaba. Además, estoy hecho polvo.

—Hoy estás hecho polvo, pero mañana te habrás recuperado.

—Puede que tengas razón. Y estaré mucho más recuperado el lunes.

—El lunes hay que trabajar.

—Sí, pero siempre está la hora del almuerzo. Karen come fuera y yo tengo un bonito despacho... con un sofá Chesterfield todo para mí.

Jessie se puso colorada. Afortunadamente, él no podía verla.

—No esperarás que haga eso, ¿verdad?

—No pierdo la esperanza.

—Hemos quedado el viernes —insistió ella—. Tendrás que esperar hasta entonces.

—¿Seguro?

—Seguro.

—El viernes es la fiesta anual de la agencia —le recordó Kane—. Como soy el jefe en funciones, tengo que acudir. Y como tú eres una empleada, tendrás que ir también... con un vestido muy sexy.

—No pienso hacer el amor contigo en la oficina.

—Nadie se dará cuenta de que nos perdemos de vez en cuando. En mi despacho hay cerrojo.

—Pero yo no podría relajarme —insistió Jessie—. No quiero que piensen...

—¿Qué más te da lo que piensen? Después de Navidad, dejaré de ser el jefe y nadie dirá nada.

—Pero pensarán que me has contratado porque te gusto.

—Ah, eso podría ser verdad.

—¡No lo es!

—Era una broma, mujer. Seremos muy discretos. Dime que me quieres, Jessie Denton.

—No.

—Pero sabes que me quieres.

—Yo sólo sé que eres un hombre muy arrogante. Necesitas que alguien te baje los humos.

—Y tú, preciosa, necesitas que alguien te quiera.

—¿Ahora se llama así?

—¿Quieres que use un término más crudo?

—No.

—Mejor, porque no estoy hablando de sexo. Estoy hablando de amor. Tú necesitas todo lo que pueda darte un hombre que te quiera. Necesitas alguien que te cuide, que te ayude cuando algo vaya mal, alguien en quien puedas confiar.

Qué bonito sonaba todo eso, pensó ella, suspirando. Pero, ¿era sólo un sueño, la promesa falsa de un hombre loco por meterse en su cama... o era algo más?

Jessie había sido cínica sobre los hombres durante tanto tiempo que le costaba trabajo creer en lo que Kane le ofrecía.

—Lo que tú necesitas —terminó él— soy yo.

—Desde luego que sí. Tú revitalizas mi libido como nadie. Pero tendremos que esperar hasta el viernes.

Kane soltó un taco. Era la primera vez que decía un taco delante de ella.

—Y lo que tú necesitas, jovencita, es que te ponga sobre mis

rodillas y te dé unos buenos azotes en el trasero.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

—Lo que pasa es que te doy pánico, te da terror lo que te hago sentir y lo que te hago hacer. El viernes por la noche me dirás que me quieres, en la oficina. Aunque tenga que darte unos azotes para conseguirlo. ¡Y ésa sí es una promesa!

Jessie se quedó sin habla, con el corazón acelerado por las imágenes que evocaba esa frase. Y los sentimientos. Aquello no podía ser amor, pensaba. Sólo era lujuria. Kane Marshall la había corrompido.

—Eso no es amor —dijo en voz baja.

—Entonces, ¿qué es?

—Una tortura.

—Ah, eso también, hasta que te rindas. Yo ya me he rendido a mis sentimientos por ti, Jessie, ¿cuándo vas a hacer tú lo mismo? No, no contestes. Puedo ser paciente. Pero recuerda que no voy a dejarte ir, Jessie Denton. Eres mía, acostúmbrate a la idea.

Capítulo 14

A las diez de la mañana del lunes, Kane estaba sentado frente al escritorio de Harry Wilde, muy satisfecho por el rumbo que había tomado su relación con Jessie. El día anterior le había demostrado que no tenían que hacer el amor para disfrutar el uno de la compañía del otro. Y también le había demostrado, o eso esperaba, que podría ser un buen padre para Emily.

El sábado compró una silla de seguridad para que no hubiese objeciones, porque habían planeado ir a las afueras de Sidney el domingo. Después de investigar una hora en Internet, encontró un picadero para niños que tenía, además, otras distracciones, como castillos de goma, toboganes y cosas así.

Emily lo había pasado de maravilla, pero cuando llegaron a casa, a las siete, estaba agotada de tantas emociones. No había probado la pizza y, según Jessie, eso era rarísimo.

Kane insistió en tomarle la temperatura que, afortunadamente, era normal, y después de bañarla, le leyó un cuento hasta que la niña se quedó dormida.

Más tarde, aunque Jessie dejó que se quedara, ni siquiera intentó hacerle el amor. Vieron una película en televisión, una de Harrison Ford, y charlaron sobre libros, cine, música. Kane había descubierto que tenía un gran conocimiento sobre todos esos temas, aunque no le sorprendía. Jessie era una mujer muy inteligente. Lo había sabido desde el día que la miró a los ojos.

Aunque estaba muriéndose por hacerle el amor, se contentó con un beso de despedida. Sospechaba que Jessie no habría objetado demasiado si hubiese intentado seducirla, pero no quería arriesgarse.

El viernes, sin embargo, no sería capaz de ser tan noble. Y tampoco esperaría hasta que acabase la fiesta. No, imposible. Kane tembló al pensar en la larga semana que le esperaba...

En ese momento, sonó su teléfono.

—Kane Marshall.

—Kane, tengo un problema.

Era Jessie. Y parecía muy preocupada.

—¿Qué ocurre? Pensé que estabas en la oficina.

—Y aquí estoy. Pero acaban de llamarme de la guardería. Emily tiene conjuntivitis y como es contagioso quieren que vaya a buscarla.

—Muy bien, vete. Yo hablaré con Michelle.

—Es que no está aquí. Tenía una cita con el ginecólogo esta mañana y me ha pedido que termine unos diseños. He llamado a Dora,

pero no está en casa… Podría dejar a Emily en la guardería, pero la llevarían a la enfermería… Se lo hicieron una vez y la pobrecita pensó que la estaban castigando.

—Yo iré a buscarla, no te preocupes. Llámalos y diles que voy para allá, que me das permiso para recoger a la niña. Yo la llevaré al oculista para que le ponga unas gotas en los ojos —se ofreció Kane.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

—Claro que sí —contestó él, sorprendido—. ¿Vas a algún oculista en particular?

—Suelo ir a una clínica que está cerca de casa y que abre veinticuatro horas. Pero te ve el oculista que esté de guardia en ese momento.

En silencio, Kane decidió que eso cambiaría cuando estuvieran juntos. Y lo estarían. Pero, por el momento, esa clínica tendría que valer.

—Muy bien. Anótame la dirección.

Después de colgar, Kane se levantó de la silla y tomó su chaqueta. No debían haber pasado más de treinta segundos hasta que llegó al despacho de Jessie, pero la encontró deshecha en lágrimas.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué lloras? Jessie, con la cara entre las manos, no podía hablar.

—Cariño, dime qué te pasa —insistió Kane, apretando sus hombros.

—Nunca he conocido a nadie como tú. No puedes ser real —consiguió decir ella, con la voz estrangulada.

Kane se sintió aliviado… y halagado. No había pasado nada, sólo estaba haciéndole un cumplido con sus lágrimas.

Pero qué triste que no pudiera creer que un hombre estaba dispuesto a hacer algo por ella y por su hija.

—Soy real, te lo aseguro. Si no me crees, pregúntale a mi madre. Y ahora, deja de llorar y dame la dirección de la clínica… y ponte a trabajar. No querrás que todos crean que he contratado a una blanda sólo porque me gusta, ¿no?

Una sonrisa apareció en medio de las lágrimas. Y era preciosa cuando sonreía.

—No, eso no puede ser, ¿verdad? —murmuró Jessie, sacando un pañuelo del bolso.

—No.

—Bueno, ésta es la tarjeta de la Seguridad Social y ésta la dirección de la clínica… ¿Qué vas a hacer con Emily cuando la haya visto el oculista? Podría darte las llaves de mi casa, si quieres. Hay comida en la nevera… y si se aburre puedes ponerle películas. Hay un

montón de ellas debajo de la tele.

—Muy bien. Te llamaré cuando llegue.

—No sé qué decir, Kane. ¿Seguro que no te importa? Quiero decir… tú no tienes mucha experiencia con niños.

—Te equivocas, soy el mejor tío del mundo. ¿Qué crees que hice el sábado por la tarde? Cuidar de mis dos sobrinos para que sus padres pudieran disfrutar un poco. La verdad, no sé de qué se queja mi cuñada. Son unos angelitos. Por supuesto, les forré a caramelos y comida basura… eso me ayudó bastante. Así que no te preocupes, sabré cuidar de Emily…

—¡Kane!

—No le daré caramelos, te lo prometo. La verdad, me apetece dejar de fingir que estoy trabajando. No tengo nada que hacer… bueno sí, comprar alcohol para la fiesta. Menudo reto.

Jessie sonrió.

—Gracias.

—Te llamaré, ¿de acuerdo? No te preocupes.

—No sabes cómo te lo agradezco, de verdad.

Kane sonrió de nuevo antes de marcharse.

Nada hacía que un hombre se sintiera mejor, decidió mientras se alejaba a grandes y masculinas zancadas, que poder ayudar a la mujer que amaba.

Jessie trabajó deprisa durante las dos horas siguientes, sin levantarse hasta que el diseño quedó perfecto. En su opinión, al menos.

Michelle volvió a la oficina sólo minutos después de que Kane hubiese llamado para decir que estaba en casa y que la conjuntivitis de la niña no era nada serio. El oculista le había puesto unas gotas y, después de tomar un vaso de leche, iban a ver El rey león.

Una vez tranquilizada, Jessie pudo concentrarse en la reacción de Michelle al diseño del anuncio. Pero Michelle tenía el ceño arrugado.

—Yo nunca lo habría hecho así —murmuró, inclinando la cabeza a un lado y a otro para mirar la pantalla del ordenador—. Pero sí, me gusta. Eres muy creativa, Jessie. Kane ha encontrado una joya. Harry se llevará una alegría cuando vuelva.

Ella suspiró, aliviada. Por un momento se había asustado.

—Gracias. Pero… ¿te importa si me voy? Me llamaron de la guardería para decir que Emily tiene conjuntivitis, pero como tenía que terminar esto…

—Por favor, la próxima vez que te pase algo así, vete corriendo —la interrumpió Michelle— Espero que Emily esté bien.

Jessie no quería contarle que Kane había acudido al rescate. Era

algo muy personal.

—Eso espero yo también —murmuró, guardando las cosas en su bolso—. Gracias, Michelle. Trabajaré un par de horas en casa para compensar el tiempo perdido…

—Ni se te ocurra. Has hecho más cosas en un día que tu predecesor en toda una semana.

El tren estaba lleno de gente y tuvo suerte de encontrar asiento. Hacía un calor terrible. El mes de diciembre en Sidney siempre era muy húmedo y el aire acondicionado no funcionaba bien. Seguramente toda esa gente estaba haciendo las compras de Navidad, pensó.

Afortunadamente, ella ya había hecho las suyas. La muñeca Felicity con todos sus accesorios y otros regalitos pequeños. Incluso para su madre, a quien había enviado unas servilletas de lino que, seguramente, no usaría nunca. Su madre era una mujer muy difícil de complacer.

Para Dora había comprado unos mantelitos individuales con posavasos a juego. No se había gastado tanto como para su madre, pero sabía que Dora agradecería el regalo mucho más. Y, además, lo usaría.

Entonces se le ocurrió pensar que no le había comprado nada a Kane. En realidad, la intrusión de Kane Marshall en su vida casi la había hecho olvidar la Navidad…

Jessie recordó lo que le había dicho a Dora la noche que fue al bar, que quería un hombre para Navidad, un hombre guapísimo, además.

Kane.

Qué ironía.

Seguía pensando que su amor era increíble, pero él decía que la amaba y no tenía ninguna razón para dudar de su palabra. Francamente, no quería dudar de él. Estaba harta de su cinismo, harta de no creer en los hombres, harta de no querer enamorarse. Dora tenía razón, la vida podía ser cruel, pero también podía ser maravillosa.

Kane era un hombre extraordinario aunque no quisiera tener hijos. Por qué, no tenía ni idea, pero le preguntaría. Pronto. Y si le decía que era una decisión firme, ¿qué haría? Ella quería tener hijos con el hombre que amaba… y amaba a Kane. Esa era una de las razones por las que antes se había puesto a llorar, porque no había podido evitar enamorarse de él.

«Lo amas y llegarías a cualquier compromiso para estar con él».

Pero quizá se estaba equivocando.

Quizá él sólo quería seguir siendo su amante. Quizá no quería casarse con ella, sólo seguir viéndose como hasta ahora.

Y eso no sería suficiente. Pero no podía obligarlo a casarse con ella. No podía obligarlo a hacer nada.

El tren llegó a Roseville en ese momento. Mientras iba corriendo a casa, se decía a sí misma que debía dejar de cuestionarse todo y, sencillamente, vivir el momento. Las cosas iban bien. ¿Por qué arriesgarse pidiendo más de lo que él podía dar?

Kane le hizo un gesto para que no hiciera ruido cuanto entró en la casa.

—Emily está dormida. Se durmió mientras veíamos la película y la he llevado a la cama. Pero sólo hace diez minutos.

—Gracias.

—Estás sudando.

—Es que hace mucho calor.

Afortunadamente, el ventilador del techo refrescaba el ambiente. Kane parecía muy cómodo en el sofá, con las piernas estiradas. Muy cómodo y muy sexy.

Y, de repente, Jessie se sintió más acalorada.

—Voy a darme una ducha. Cuando Emily se duerme, normalmente no la despierta ni un terremoto… volveré enseguida.

La niña estaba profundamente dormida y no se despertó mientras se duchaba y se ponía un vestido de algodón rosa que le quedaba mejor de lo que había pensado.

Kane apretó los dientes al verla salir de la habitación. Debería irse o su resolución de no tocarla hasta el viernes se iría por la ventana. Pero cuando se levantó para tomar la chaqueta, su expresión la traicionó. Jessie no quería que se fuera.

Se miraron un momento. Y entonces ella dijo algo que lo dejó boquiabierto.

—Dijo otra vez.

—Te quiero —murmuró Jessie, con los ojos brillantes.

Kane supo que siempre recordaría ese momento. Sentía una docena de emociones… incredulidad, sorpresa, alegría satisfacción, deseo, compitiendo por hacerse un sitio en su cerebro y en su corazón.

El deseo ganó al final. ¿O era su amor por ella? ¿Cómo no iba a tomar en sus brazos a una mujer que le había dicho que lo amaba con tan conmovedora sencillez?

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Mientras venía a casa, en el tren.

—Un buen sitio para tomar decisiones —bromeó Kane.

—Mucho mejor que entre tus brazos —sonrió Jessie—. No puedo pensar cuando me besas.

—Me gusta saber eso.

Jessie enredó los brazos alrededor de su cuello.

—¿No vas a besarme?

—Pronto.

—Eres un poco sádico, Kane Marshall.

—Nunca he dicho que fuera un santo.

Y tampoco ella era masoquista. Sus bocas estaban a punto de unirse cuando sonó un golpecito en la puerta.

Era Dora, nerviosa.

—He visto el coche de Kane en la puerta. ¿Ha pasado algo?

Jessie le contó el pequeño drama con el oculista y su amiga pareció aliviada.

—Cuánto me alegro de que Kane haya podido echarte una mano. Siento no haber estado en casa, querida, pero no te puedes imaginar lo que ha pasado.

Kane y Jessie se miraron, divertidos y exasperados a la vez.

—¿Por qué no hago un café mientras nos lo cuentas?

Suspirando, Kane dejó su chaqueta sobre una silla.

Aparentemente, Dora había recibido una llamada de su hermano, el que no la había ayudado cuando su madre estaba enferma. Llevaban dos años sin hablarse.

—Si no estuviéramos casi en Navidad tampoco le habría dirigido la palabra. Pero me alegro de haberlo hecho.

Por lo visto, su hermano la había invitado a comer para pedirle disculpas por no haberse portado como era debido durante la enfermedad de su madre. Además, la había invitado a pasar las navidades en la costa sur, donde tenía una casa enorme.

Kane vio que Jessie se ponía seria al saber la noticia y supuso que Emily y ella solían pasar las navidades con Dora. Después de todo, no tenía a nadie más. Era la oportunidad que él había esperado.

—A mí me parece estupendo, Dora. Y seguro que es un alivio para Jessie. Verás, le he pedido que venga a pasar las navidades conmigo y con mi familia, pero estaba preocupada por ti, pensando que te quedarías sola... Por supuesto, tú también podrías haber venido, pero esto lo resuelve todo.

Dora se mostró feliz con el anuncio, pero Jessie se quedó callada. Y cuando la mujer se despidió para seguir haciendo compras de Navidad, Kane tuvo que enfrentarse con ella.

—Mientes muy bien.

—No hay nada malo en una mentira piadosa, lessie. Especialmente, cuando es en parte verdad. Iba a pedirte que pasaras las navidades conmigo.

—¿Y con tu familia?

—Sí.
—¿Y cómo ibas a presentarme?
—¿Cómo quieres que te presente?
—No lo sé. Dímelo tú.
—¿Qué tal como mi prometida?
—¿Qué?
Kane dejó escapar un suspiro.
—Sí, supongo que eso es ir demasiado rápido. ¿Qué tal como mi novia?
Jessie sacudió la cabeza, sorprendida.
—¿Quieres casarte conmigo, no estás de broma?
—Yo no bromearía sobre algo así.
—¡Pero si nos conocimos hace diez días!
—Pero sé que te quiero y sé que tú me quieres a mí.
—En realidad, no nos conocemos...
—No estoy de acuerdo —la interrumpió Kane—. Yo te conozco muy bien. Mucho mejor de lo que conocía a Natalie cuando me casé con ella y llevábamos meses saliendo juntos. El problema es que tú crees que no me conoces, pero estás equivocada sobre mí desde el principio. Pensé que me había librado de esa imagen de libertino, pero veo que me he equivocado.
—Eso no es verdad... creo que eres una persona maravillosa —protestó Jessie—. ¿Pero casarnos? Ese es un paso muy importante, Kane. Para empezar, no estamos de acuerdo en algo fundamental. El mismo asunto por el que no te pusiste de acuerdo con tu ex mujer.
—¿Qué? ¿Tú tampoco quieres tener hijos? Jessie, yo pensé que...
No podía creerlo. Era como si frente a él hubiese un agujero negro. Jessie no quería tener más hijos. La mujer de su vida... ¿cómo podía el destino ser tan cruel?
Ella parpadeó. ¿Le había oído bien? ¿Su ex no había querido tener hijos? Pero eso no podía ser. La había oído decir que estaba embarazada aquel día, en su despacho. Por supuesto, muchas mujeres que decían no querer hijos cambiaban de opinión al quedar embarazadas. Pero si ése era el caso...
—Un momento. ¿Por qué te divorciaste de tu mujer, Kane?
—Porque se negaba a tener hijos. Y porque ya no estaba enamorado de ella.
—Pero yo pensé que eras tú el que no quería tener hijos.
—¿Yo? A mí me encantan los niños. ¿De dónde has sacado esa idea?
—Me dijiste que no te ponías de acuerdo con tu ex mujer sobre el tema de los hijos... y yo pensé que eras tú el que no quería —suspiró

Jessie—. Lo siento, Kane. Mis viejos prejuicios otra vez.

—Es un error comprensible.

—Entonces, ¿de verdad quieres tener niños?

—Una tribu entera, si es posible. Cuantos más, mejor.

Jessie sonrió.

—Yo también.

—¿Y tu trabajo?

—Nunca pondría el trabajo por delante de mis hijos. Pero espero poder hacer las dos cosas.

La emoción de Kane era tan grande como lo había sido su desesperación unos segundos antes.

—En ese caso, ven aquí, mujer, y compénsame por pensar esas cosas horribles de mí.

Jessie corrió a sus brazos. Y aquella vez consiguió besarla durante cinco segundos antes de que los interrumpieran.

—Mamá...

Se apartaron a toda velocidad al oír la vocecita de Emily, que entraba en el salón frotándose los ojos.

—Hola, cariño. ¿Ahora te encuentras mejor?

—Tengo sed. Y me duelen los ojos.

Jessie suspiró.

—Kane, ¿dónde están las gotas?

—En la mesa —contestó él, tomando a la niña en brazos—. ¿Has dormido bien, princesa?

Emily lo miró, con la cabeza inclinada.

—¿Estabas besando a mi mamá? Jessie dejó de respirar.

—Pues sí. Y me ha gustado mucho. ¿Te importa que bese a tu mamá?

—No. ¿También me besarás a mí?

Riendo, Kane le dio un beso en la frente.

—Ya está. Y ahora, vamos a ponerte esas gotas.

—¿Tienes que ponérmelas?

—Sí, tengo que ponértelas —contestó él.

Jessie dejó escapar un suspiro de felicidad. Que otra persona, el hombre de su vida, le pusiera las gotas a su hija era casi más bonito que todo lo que había pasado aquel día.

Capítulo 15

El viernes, todo el equipo de Ideas Bárbaras dejó de trabajar a las cuatro en punto para convertir la oficina en un espacio abierto... con pista de baile incluida. Se movieron las mesas, se colocaron adornos y luces de discoteca...

Peter, quien por lo visto hacía de DJ todos los años, preparó su mesa en una esquina mientras los demás colocaban los refrescos.

—Más tarde vendrán nuestras parejas —le explicó Michelle—. Y hablando de parejas, la tuya está muy contenta últimamente. ¿Qué le has hecho, chica?

Absolutamente nada. No habían hecho el amor, a pesar de haber pasado todas las tardes juntos esa semana.

—Está guapísimo de negro, ¿verdad? —sonrió Jessie, con aquel pellizco en el estómago que sentía cada vez que lo miraba. Le había costado trabajo controlarse, pero lo más importante para ella era saber que el amor de Kane era verdadero.

—No le has contado a nadie que estamos prometidos, ¿verdad, Michelle?

No le importaba que ella lo supiera porque se habían hecho amigas y no podía ocultarle aquel secreto, pero le preocupaba lo que pensaran los demás compañeros.

—No se lo he contado a nadie. Pero si seguís mirándoos así, todo el mundo se dará cuenta.

Kane volvió la cabeza en ese momento y sus ojos se encontraron. En su mirada había tanto amor que Jessie se estremeció.

Qué orgullosa estaba de él, aquel hombre inteligente, guapísimo y sensato que la amaba.

—¡A ver, todo el mundo! —gritó Karen—. Todo está listo para la fiesta. Las chicas pueden ir a ponerse guapas y los chicos también... aunque sería un milagro. Por favor, niños y niñas, aseguraos de que vuestros equipos están a cubierto y todos lo archivos bien guardados. No queremos que vuelva Harry y descubra que nos han robado las ideas.

Veinte minutos después, Jessie estaba mirándose al espejo. Se había puesto un vestido nuevo y muy sexy. Seda negra con unos volantes de color turquesa, escote halter y falda por encima de la rodilla.

Los zapatos también eran nuevos: unas sandalias de color turquesa. Esta vez había podido comprar una buena crema autobronceadora que le daba un tono dorado a su piel. Llevaba el pelo suelto y nada fosco,

cortesía de los buenos productos para el cabello que había podido comprar con su primer cheque. Se había puesto más maquillaje del que solía llevar a la oficina y mucho menos ropa interior. Iba sin sujetador y con un tanga mínimo.

—¡Guau! —exclamó Margaret.

—¡Sí, guau! —asintió Karen.

Michelle levantó una ceja, irónica.

La reacción de Kane al verla no fue tan entusiasta. Y tampoco pareció hacerle gracia que sus compañeros se acercaran para invitarla a bailar.

Jessie sospechaba que estaba celoso, pero entonces, ¿por qué no le decía nada?

Por fin, una hora después, se acercó con expresión seria.

—¿Puedo hablar contigo en privado?

—Sí, claro —contestó ella.

Kane la llevó del brazo hasta su despacho. Jessie temblaba por dentro. Un par de copas de champán le habían quitado el miedo.

—Dije que no iba a hacer esto, ¿recuerdas? —sonrió, encantada con la idea de hacerlo sobre el escritorio.

—No te he traído aquí para eso —contestó él, cerrando de un portazo.

—Ah.

—Mira, sé que te preocupa lo que piense la gente y he intentado no hacértelo pasar mal, pero eres mi chica, Jessie —anunció Kane formalmente—. Mía. Y ya es hora de que lo sepa todo el mundo.

—Oh.

—Te he pedido que te cases conmigo y me has dicho que sí. Deberías llevar mi anillo de compromiso.

—Pero...

—Nada de peros. Estoy harto de peros —la interrumpió Kane, sacando una cajita del bolsillo—. Espero que te guste.

Jessie miró el diamante y tragó saliva. Ay, Dios, iba a llorar.

—Es precioso...

—Tú eres preciosa —dijo él, sacando el anillo de la caja—. Te quiero, Jessie Denton —murmuró mientras se lo ponía en el dedo.

Los ojos de Jessie se llenaron de lágrimas.

—Y yo a ti —consiguió decir.

—No llores, tonta. Espero que ésta no sea una ocasión triste.

—No, claro que no —emocionada, le echó los brazos al cuello—. ¡Eres lo mejor que me ha pasado!

Empezaron a besarse, al principio con ternura, luego con pasión. Tanta que sus pechos estaban aplastados contra el torso masculino.

—Perdona —dijo él, apartándose—. Prometí que no lo haría.

Jessie agradeció que quisiera cumplir su palabra, pero ya había terminado el período de prueba.

—No pasa nada, Kane. Quiero que me hagas el amor.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí. Aquí, ahora.

El observó, asombrado, cómo se quitaba las sandalias y metía la mano por debajo del vestido para bajarse las braguitas. Hecho eso, se desató las tiras del vestido, mostrándole sus pechos desnudos.

—Será mejor que cierre con cerrojo —dijo Kane con una voz tan ronca que sus pezones se pusieron duros de inmediato.

Luego la llevó al sofá. Allí, la sentó sobre sus rodillas y acarició sus pechos hasta que ella estuvo sin aliento. Sólo entonces metió la mano bajo su falda.

—No —protestó Jessie—. No quiero eso, Kane. Te quiero a ti. Sin nada entre nosotros.

—Pero...

—Nada de peros —lo interrumpió ella—. Estoy en el momento más seguro del ciclo, pero da igual. Nos queremos, vamos a casarnos. Un niño sería maravilloso.

Kane no podía creerlo. Debía amarlo de verdad, confiar en él de verdad, si no le importaba concebir un hijo antes de casarse. No podía pedir más.

Cómo la deseaba. A su querida Jessie. Su mujer.

Dejó escapar un gemido que se mezcló con el de ella al primer contacto de sus cuerpos desnudos. El brillo de sus ojos cuando se enterró hasta el fondo le dijo que Jessie sentía lo mismo que él. Cuando tomó su cara entre las manos y lo miró a los ojos, Kane tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

—Te quiero —dijo Jessie en voz baja—. Te quiero con toda mi alma —repitió, besándolo por todas partes.

Kane cerró los ojos para contener unas emociones que amenazaban con ahogarlo. Nunca en su vida había sentido algo así. Estaba deseando casarse con ella, prometer que la amaría para siempre, en la salud y en la enfermedad... hasta el fin de sus días. Porque nada más que la muerte podría separarlo de Jessie.

Eran uno solo, en cuerpo y alma. Iba a ser su alma gemela, su mejor amiga, la madre de sus hijos.

Cuando besó sus manos, ella lo miró a los ojos.

—Nunca pensé que pudiera ser así.

—No creo que ocurra a menudo. Hemos tenido suerte.

—Sí —asintió Jessie—. Es verdad.

—Cuando volvamos a la fiesta, anunciaremos nuestro compromiso —dijo Kane entonces.

Jessie asintió.

—Sí, pero mañana por la noche...

—¿Qué pasa mañana por la noche?

Al día siguiente era Nochebuena y Emily y ella debían dormir en su casa. Kane había comprado un árbol de Navidad, uno de verdad. Y un montón de adornos, que pensaba colocar con Emily. Por no hablar de los regalos... muchos más de lo que era sensato.

Pero, ¿cuántas veces conseguía un hombre enamorado una familia instantánea, una que probablemente nunca había podido permitirse los caprichos que él quería darles?

—No me digas que has cambiado de opinión.

Jessie sonrió.

—No. tonto. Pero mañana por la noche... sé que te parecerá anticuado, pero no puedo dormir congo.

—¿Por qué?

—Con Emily en casa... Hasta que estemos casados podré hacerlo.

Kane no pensaba discutir. No podía en aquel momento, además.

—Muy bien —suspiró—. Pero te daré la oportunidad de cambiar de opinión.

—No cambiaré de opinión.

—Ya veremos —dijo él, moviéndose como sabía que a ella le gustaba.

Cuando Jessie gritó de placer, supuso que tenía bastantes probabilidades.

Capitulo 16

—¡Mira, mamá es la muñeca Felicity! —gritó Emily—. ¡Y su caballo! ¡Y su castillo!

—Qué suerte has tenido —sonrió Jessie, tumbada en el sofá. Llevaba un conjunto de camisón y bata de seda roja que Kane le había regalado a la medianoche. Habían estado despiertos hasta muy tarde envolviendo los regalos.

Por supuesto, él había insistido en que se pusiera el camisón, una cosa llevó a la otra y en fin... al menos, no había dormido en su cama. El salón, sin embargo, había sido testigo de algún tórrido pero tierno revolcón entre regalo y regalo: perfumes, cremas, bombones, que Kane le daba uno a uno como pago por «servicios prestados».

A la una de la madrugada, Jessie le había dado sus regalos: un libro sobre el Dalai Lama, un CD de Robbie Williams y el DVD de El señor de los anillos.

Y Kane le agradeció cada regalo.

Poco antes de las tres, Jessie, agotada, se quedó dormida en la habitación de invitados... hasta que Emily empezó a tirar de su brazo a la seis de la mañana, gritando que había llegado Santa Claus.

Cuando consiguió abrir un ojo, la niña salió corriendo para despertar a Kane.

Eso había sido quince minutos antes.

Jessie bostezó mientras Kane entraba en el salón con dos tazas de café. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta. Iba sin afeitar, pero de todas formas estaba guapo. Y muy sexy.

—Gracias, me hacía falta —murmuró—. Menos mal que conocí a tu familia la otra noche, cuando estaba presentable. Hoy debo estar horrible.

—Estás preciosa —sonrió él—. Estar enamorada te sienta bien.

Jessie miró su anillo de compromiso y luego al hombre que se lo había regalado.

—Estar enamorada de ti me sienta bien. Eres maravilloso.

—¡Por supuesto! ¿No te lo había dicho desde el principio?

—Y también eres muy humilde —rió ella.

—Mamá, mira esto —gritó Emily, mostrándole un precioso vestido rosa—. Voy a ponérmelo para conocer a los papás de Kane. Pareceré una princesa, ¿verdad que sí?

—Por supuesto.

El corazón de Jessie estaba henchido de felicidad. Kane Marshall había llevado felicidad a sus vidas. Felicidad y una promesa de futuro.

—¿Santa te ha traído todo lo que querías, cariño?

—Sí, sí. No se le ha olvidado nada —contestó la niña.

—¿Qué es lo que más te gusta? —preguntó Jessie, sabiendo lo que contestaría: la muñeca Felicity.

—Lo que más me gusta es mi nuevo papá —sonrió Emily, mirando a Kane.

Él tragó saliva, emocionado.

—Siéntate aquí conmigo, pequeñaja. Y dame un abrazo.

Emily sonrió como sólo podía sonreír un niño mientras corría para echarse en sus brazos.

Jessie arrugó el ceño, pensativa.

—Emily, ¿le pediste un papá a Santa Claus?

—Sí —contestó la niña, tan tranquila—. Tú dijiste que si era buena, Santa Claus me traería todo lo que pidiera. Y es verdad.

Jessie parpadeó, incrédula, y Kane se encogió Je hombros.

—Los caminos del Señor son insondables.

—No sabía que fueras religioso.

—No mucho, pero podríamos ir a la iglesia más tarde, para dar las gracias.

—¿Yo también puedo ir a la iglesia, papá? —preguntó Emily.

—Claro que sí, princesa. Para eso están los papás, para hacer todo lo que quieran sus niñas.

—El año que viene le pediré a Santa Claus un hermanito.

—Qué buena idea —sonrió Kane, mientras Jessie intentaba no atragantarse con el café—. Seguro que Santa no tiene ningún problema para traerte ese regalo. Aunque debes recordar que él no puede elegir el sexo de tu hermanito. Eso depende de Dios.

—Entonces se lo pediré a Dios.

—Ah, muy bien, ve directamente al jefe —rió Kane—. ¿Qué te parece, mamá?

—Creo que deberíamos limpiar todo esto y darnos una ducha — contestó Jessie.

Emily arrugó el ceño cuando su madre empezó a recoger los papeles de regalo.

—Las mamás no son tan divertidas como los papás—le dijo a Kane en voz baja.

El soltó una risita.

—No sé yo... Tu mamá tiene sus momentos. Y es una buena mamá, ¿verdad?

—Sí, muy buena —contestó Emily, mirándola con arrobo.

Jessie pensó que le iba a estallar el corazón de alegría. No sabía qué había hecho para merecer tanta felicidad, pero decidió

agradecerla siempre.

Su madre se quedaría sorprendida cuando le diese la noticia de que un hombre iba a casarse con ella... incluso teniendo una hija de otro.

Pero, por supuesto, Kane no era cualquier hombre. Era alguien muy especial.

—Papá, ¿por qué está llorando mamá? —preguntó Emily en voz baja.

—Llora porque es feliz, princesa —contestó él, con un nudo en la garganta—. Los adultos lloran a veces cuando son felices.

—Cuando yo lloro, mi mamá me besa y me siento mejor.

Kane asintió.

—Que buena idea. Vamos a besarla entonces.

Fin.